

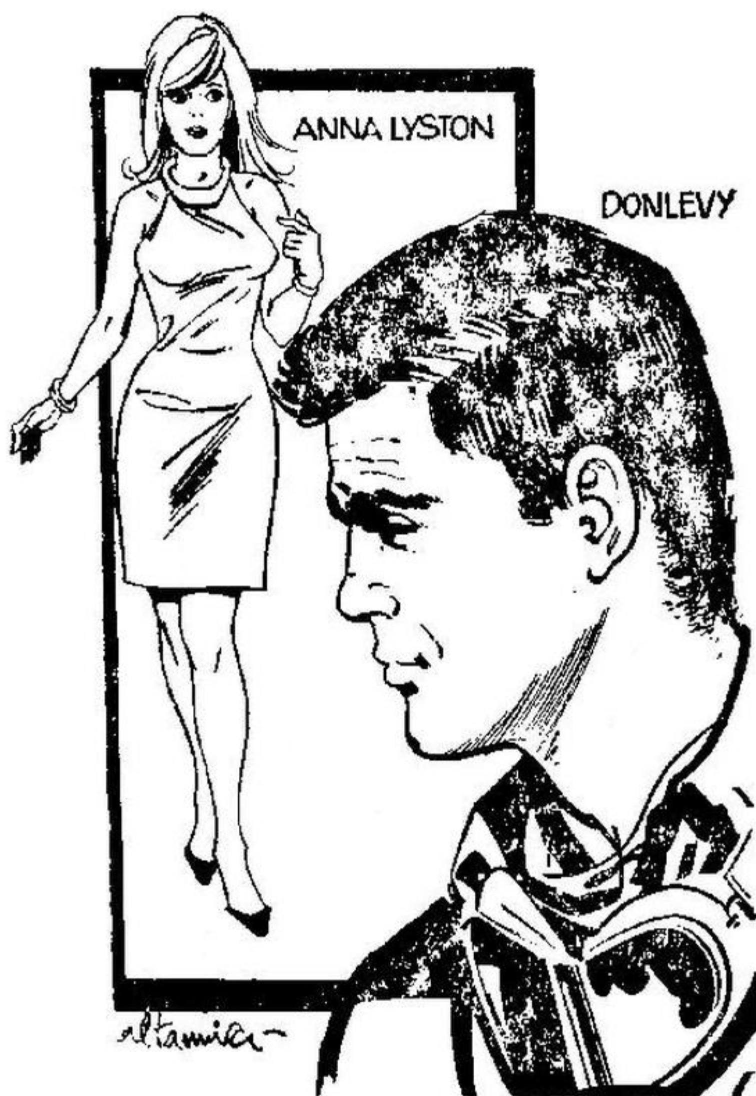
LA MUERTE DEJO RASTRO

ALF REGALDIE



SS SERVICIO SECRETO




ANNA LYSTON
DONLEVY

ALF. REGALDIE

LA MUERTE DEJO RASTRO

Colección SERVICIO SECRETO n.º 924
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 11528 - 1968

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo 1968

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva. 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
   1.017 — El plomo es barato.
En Colección SERVICIO SECRETO:
   909 — Silla E. para B. B.
En Colección BUFALO:
   757 — Tres malvados.
En Colección SALVAJE TEXAS:
   615 — Una fosa por cabeza.
En Colección CALIFORNIA:
   590 — Soga para un bandido.
En Colección COLORADO:
   546 — Balas implacables.
En Colección KANSAS:
   514 — Victima de la injusticia.
En Colección BRAVO OESTE:
   366 — La muerte no perdona.
En Colección PUNTO ROJO:
   233 — Mercader de la muerte.
En Colección ARCHIVO SECRETO:
   157 — Amenaza de muerte.
En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
   242 — La muerte acosa.
En Colección ASES OESTE:
   381 — Como un ciclón.

CAPÍTULO PRIMERO

Comenzaba a experimentar la alegría del vencedor.

Me faltaba poco más de media vuelta al circuito, mi bólido marchaba sin un solo fallo y mi ventaja sobre el inmediato seguidor era bastante notable.

Los billetes entrarían en mis bolsillos en cantidad tentadora.

Primero, el premio como vencedor de la carrera, luego, lo que me correspondía como apostante. Había colocado mis ahorros a mi favor, naturalmente.

Yo no había partido como favorito de la prueba, ni mucho menos. Por tanto, las apuestas a mi favor se pagarían bien.

Comenzaba a ser un piloto conocido, pero no me había situado aún entre los ases del volante.

En cuanto a mi bólido era de una conocida y experimentada marca. Pero no estaba entre la marca norteamericana y la marca europea que se disputaban la supremacía en las pistas, tanto a un lado como a otro del Atlántico.

Arthur Simpson, mi mecánico, un veterano de las grandes pruebas de Indianápolis y Daytona, había logrado aumentar con un arreglo el rendimiento de mi máquina, sin faltar por ello a las condiciones exigidas en su clase.

Y lo mejor de todo era que lo había logrado sin romper el equilibrio de peso-resistencia-potencia.

Por el contrario, había logrado el punto idóneo de tal equilibrio.

De improviso, cuando más seguro me sentía y apenas quedaba ya una cuarta parte del circuito para entrar vencedor en la meta, sentí una especie de leve tirón.

Intuí que se iba a producir una rotura que me podía llevar al desastre si no era capaz de remediarlo sobre la marcha.

Dominé rápidamente las penosas sensaciones que me aguijonearon.

Y maniobré hábilmente, a pesar de lo cual se acentuó el tirón, el cual únicamente se podía descubrir en un estado de supersensibilidad como el mío en aquel momento.

El coche derrapó de manera espantosa y dio media vuelta completa, quedando con el morro enfilado hacia el punto de procedencia.

E inmediatamente salió disparado de lado, si bien con bastante menos velocidad de la que hubiese llevado de no haber intuido yo el accidente y haber obrado en consecuencia.

Mi bólido quedó por unos momentos atravesado en la pista.

En tal situación vi asomar, lanzado por la última curva, enfilando la recta en donde me hallaba, el coche de mi más inmediato seguidor, el cual iba en dura competencia con otros dos.

Aunque quisieran, no tenían tiempo de frenar y el desastre que había logrado evitar hasta el momento, volvió a ser inminente.

Afortunadamente, no había perdido por completo el mando de mi bólido y pude sacarlo de la pista patinando de manera espantosa.

Se produjo otra rotura.

Pero había logrado lanzarlo contra una bala de paja.

Y no sobrevino ya el choque violento que había sido de temer en principio.

Salté inmediatamente.

Mi inmediato seguidor había acelerado y lo vi pasar con los dos competidores casi a rueda.

Vi perfectamente su gesto, a pesar del casco y las gafas. Un gesto que me dio que pensar.

Más que gesto era una mueca de ironía que no me gustó en absoluto.

Algunas de las piezas de mi bólido habían estado sometidas a una fricción irregular y espantosa. Comenzaba a salir humo.

No se había producido el incendio inmediato gracias a mi serenidad, mi pericia, pero estaba a punto de producirse por algo que yo no podía evitar.

Y acudí rápida e inmediatamente a los extintores, con los cuales inicié un eficaz trabajo cuyo fruto no tardé en cosechar.

El coche se había salvado.

Desde la torre de control del circuito, situada en la misma meta, se habían dado cuenta de mi accidente y por una pista accesoria corrían ya en un vehículo a prestarme auxilio.

Personas de las que se hallaban situadas presenciando la carrera en las inmediaciones, tan pronto se percataron de que no había incendio ni explosión, acudían corriendo.

Habían entrado los tres primeros bólidos en la meta, el interés de la carrera se había perdido ya.

Evitado el incendio, acudí a ver el lugar en donde se había producido la primera rotura.

No era necesario ser un técnico especializado para ver inmediatamente que el accidente no había sido fruto de la casualidad. Había sido provocado por una mano criminal.

Una mano criminal que empuñaba la herramienta adecuada y que estaba conducida por un cerebro enfermo.

Porque considero que en el fondo de todo criminal hay un enfermo crónico o circunstancial.

Con el vehículo de socorro llegó un automóvil de policía y una auto grúa.

Los del equipo de socorro me felicitaron por mi pericia. Uno dijo:

—Yo estaba en la torre de control. Y llegué a temer que no iba a poder evitar el desastre.

Otro dijo:

—Estábamos todos pendientes de usted. Era el seguro vencedor. Ha sido una verdadera lástima.

Respondí:

—Yo diría que ha sido un verdadero crimen.

Un sargento de policía que había acudido captó mi intención. Y me preguntó:

—¿Cree que ha sido intencionado?

—A mi juicio, sí. Pero que sean los técnicos los que dictaminen. No pretendo ejercer influencia alguna sobre ustedes.

Señalé el punto en donde se había producido la rotura y proseguí:

—Los que han hecho eso esperaban que el accidente terminase en incendio y entonces habría quedado borrada toda huella de la

herramienta empleada.

Saltaba a la vista y lo confirmó uno de los mecánicos que habían acudido con el coche grúa.

Después de aquello, el sargento de policía precintó el bólido para que fuese notado si alguien lo tocaba.

—¿Tiene usted idea de quiénes han podido ser los criminales? —me preguntó.

—No tengo ni idea. Que yo sepa, no tengo enemigos.

—¿Necesita algún auxilio? —me preguntaron los del equipo de socorro sanitario.

—No, gracias. Se me pasó el susto —contesté un poco en broma.

Recibieron noticias por radio en aquel momento para que acudiesen a otro lugar del circuito en donde se había producido otro accidente, casi al mismo tiempo que el mío.

Desgraciadamente, las noticias hablaban de gravedad y para confirmarlas no tardamos en ver emerger un humo denso, negro, señal de que el incendio del bólido no había podido ser evitado.

El sargento de policía vaciló.

—Puede ir con ellos. A mí me llevarán en el coche grúa. No pierdan tiempo —dije.

Comenzaba a nacer en mí una viva inquietud. No había acudido Arthur Simpson y era entonces cuando me daba cuenta de ello.

Pregunté a uno de la grúa:

—¿No han visto a Simpson?

El veterano era sobradamente conocido.

El hombre respondió:

—Tengo la impresión de que se marchó apenas iniciada la carrera.

—¿Que se marchó?

—Sí. Me dio la impresión de que se iba contrariado —me respondieron.

Comencé a sentirme impaciente y apremié:

—¿Vamos?

—Vamos.

Mi bólido había sido enganchado después de ser alzado por el morro.

No tardamos en llegar a la zona en donde estaban la presidencia y la meta.

El vencedor recibía en aquel momento la copa y el homenaje, así como las felicitaciones de unos y otros.

El premio en metálico se lo entregarían más tarde. Me enteré de que el automóvil que había entrado en quinto lugar había sido descalificado por una irregularidad cometida, irregularidad que había motivado el otro accidente.

El vehículo accidentado, en el momento en que se había producido la irregularidad, se disponía a pasar reglamentariamente al que se había clasificado en primer lugar.

Algo que estaba resultando demasiado burdo.

Me abordó un teniente de policía, el cual había estado interrogando al piloto descalificado.

El hombre había protestado contra su descalificación, que podía significar una intencionalidad.

Aún le oí decir:

—¡Mi coche derrapó a causa del aceite que había derramado! Cuando logré hacerme con el control del mismo ya había tocado al otro.

El policía parecía bastante molesto. Y dijo:

—¡Cállese de una vez! Y procure que no le haya sucedido nada grave al piloto del bólido siniestrado.

Al abordarme a mí lo hizo amablemente. Me preguntó:

—¿Qué ha sido lo suyo?

—El sargento Church ha considerado que debía precintar el bólido. Salta a la vista que el accidente ha sido provocado. El que lo haya hecho, contaba con el incendio, que hubiese borrado las huellas de su intervención —observé.

Se acercaron dos técnicos, se alzó el precinto y a requerimientos del policía, los técnicos comprobaron que era cierto lo que yo decía.

—¿No habrá sido él mismo? —preguntó alguien.

Me volví.

Y desapareció el hablador rápidamente entre la gente, temeroso de que le pudiese estropear la nariz.

Por si acaso, dije al teniente en respuesta a la frase del individuo:

—Aposté todos mis ahorros a mi favor, cosa que puedo probar. Me he perdido un premio bastante sustancioso. Y no hay ningún seguro extraordinario que cubra ni la mitad de lo que he perdido. El

seguro normal apenas si pagará los desperfectos de mi bólido en el caso de que pueda volver a la pista.

Era algo que se podría comprobar fácilmente.

El policía dijo:

—No he hecho maldito caso de ese cretino. Siempre hay gentes que piensa mal de los demás. Ésos no son capaces de obrar bien en su vida, a menos que teman el castigo o actúen bien por comodidad.

Me llevó el policía a su oficina del circuito e hizo lo propio con el que había provocado el incidente.

Me tomó declaración a mí primero.

Yo referí objetivamente lo sucedido.

Dos de los técnicos estaban delante. Estoy seguro de que me comprendieron.

Y manifestaron su aprobación con sendos movimientos de cabeza.

Tan pronto terminé fui autorizado para retirarme y salí. Me preocupaba Simpson, al cual no había visto nadie desde que se había iniciado la carrera, cuando él debía haber permanecido atento a efectuar cualquier reparación en mi bólido.

Al salir me encontré con el piloto que sufriera el accidente, que había sido calificado de grave.

Presentaba varias escoriaciones en el rostro, llevaba un brazo en cabestrillo y cojeaba ligeramente.

Nos saludamos.

—Me alegro que todo haya quedado en esto, Fisher. Me dijeron que el accidente había sido grave —le dije.

—Tuve menos suerte que tú, pero tuve suerte. Sé que te han quitado el primer puesto.

—Me han dejado en la exmeta, lo mismo que a ti —le respondí —. Ha sido tan intencionado lo tuyo como lo mío.

Reflejó miedo. Fue como un relámpago, pero que no me pasó desapercibido.

—Lo mío ha sido un accidente. Una mancha de aceite y… —se apresuró a decir.

Dejó la frase en el aire, remplazando las palabras con un gráfico gesto.

Sonreí. Y dije:

—Lo mío no ha sido accidente y está bien claro… Hasta pronto,

Fisher.

—Hasta pronto. Y suerte —respondió.

No habían terminado mis sinsabores.

Una rubia sensacional me abordó. Linda y atractiva, su gesto era duro cuando me dijo:

—Por su culpa he perdido un montón de dólares… Me he quedado sin nada.

Al principio no supe qué responderle.

Luego, a pesar de mi preocupación por Simpson, reaccioné favorablemente y miré sus curvas, peligrosas todas ellas.

Y respondí con intención que no se le podía escapar:

—¡Pues cualquiera lo diría! Porque salta a la vista que tiene de todo, en la proporción justa y magníficamente distribuido.

Recibí la impresión de que me iba a abofetear y me apresté a esquivar el golpe.

Cambió de improviso y su enfado dio paso a una risa juvenil, fresca, sincera.

Después de lo que me había sucedido, resultaba reconfortante oírla reír, poder ver cómo su maravilloso cuerpo se sacudía al impulso de la risa.

Me puse serio, pero en plan afectuoso. Y cuando ella terminó de reír, le dije:

—Créame que lo siento. Yo aposté a mi favor todos mis ahorros y los he perdido, he dejado de ganar un premio que ya era mío. Y dudo que la compañía de seguros me pague lo que vale el coche.

Se sintió conmovida por mi sinceridad.

—Lo comprendo. Perdone. Ha sido un rapto de mal humor. Una oye decir tantas cosas de lo sucio que se juega con las apuestas…

—He sido víctima de un sabotaje. La policía lo sabe, los técnicos lo han podido comprobar gracias a que salvé a mi bólido del incendio…

Ella me creyó. Lo leí en sus ojos maravillosos.

—Y gracias que he podido salvar la vida —seguí diciendo a la vez que la tomaba de un brazo y la invitaba—. Le agradeceré que me acompañe. Necesito beber un trago de cerveza fresca. Aún puedo invitarla.

—Creo que yo la necesito también —dijo.

Comprendí que lo hacía por acompañarme, porque no me quería

dejar solo después de lo que me había sucedido.

—Es usted una buena chica. Se siente un poco madrecita. Y se lo agradezco de verdad.

Una vez ante la barra, bebiendo, le dije:

—Ignoro si lo han hecho por ganar la carrera o si es que pretendían suprimirme. Intentaré averiguarlo. Pienso más bien en lo primero. Y pienso darles duro —añadí en voz baja.

Me inquietaba la desaparición de Simpson y se lo dije a la chica. Le di mi dirección, me dio la suya y nos separamos después de un cordial apretón de manos.

Yo tomé un taxi. La hubiese invitado a venir conmigo, pero un oscuro presentimiento me acuciaba, me hacía daño.

La sensacional rubia se llamaba Anna Lyston. Mientras iba en el taxi la recordé como si la estuviese viendo. Era un verdadero regalo para la vista verla andar, reír, moverse…

CAPÍTULO II

La puerta del pequeño taller en donde trabajaba normalmente Arthur Simpson había sido forzada. Saltaba a la vista.

Al dejar el taxi yo había visto un policía unas yardas más allá.

Me dirigí a él antes de que se marchara el del taxi y expliqué al del uniforme, muy someramente, lo que sucedía.

El policía se portó como los buenos. Me acompañó en silencio, cambió unas palabras con el chófer del taxi para asegurarse de que yo llegaba en aquel momento y entró luego delante de mí.

No tardamos en descubrir a Simpson, tendido en el suelo, muerto.

Lo habían apuñalado después de haberle golpeado… Casi se podía decir que lo habían torturado.

Me había dado a conocer al policía, le di el nombre del teniente que me había interrogado en su oficina del circuito y dije luego, señalando el cadáver de Simpson:

—Según me informaron, él abandonó su puesto en el circuito apenas se hubo iniciado la carrera. Es decir, hace aproximadamente dos horas —concreté, mirando mi reloj.

—Si era su mecánico, él debió quedarse allí —dijo el policía.

—Exactamente. Y si faltó a su deber tuvo que ser por algo de mucha importancia para él.

Lo dije en voz alta, pero en realidad hablé más para mí que para el policía, el cual dijo:

—Esto puede estar ligado con el caso de circuito. Y si el teniente Holmes ha intervenido allí, conviene que se haga cargo también de esto.

—Eso creo.

—Corresponde al mismo distrito. Y con toda seguridad que el

teniente habrá terminado allí. ¿Había alguna carrera más, después de la suya?

—Una corta. Habrá terminado ya —respondí, volviendo a consultar mi cronómetro.

El policía puso gran cuidado en no borrar huellas al tomar el teléfono, lográndolo con gran habilidad.

Pidió el número, se puso en contacto con el teniente y según pude deducir de la conversación, fue el propio teniente Holmes quien se encargó de llamar a Jefatura pidiendo la presencia en el taller de Simpson de los equipos técnico y sanitario.

En el mismo taller, a un lado, estaba el lugar que normalmente ocupaba mi bólido.

Se comunicaba por dos puertas y había, además, una puerta de salida a la calle para el bólido.

Me quedé mirando el cadáver del que había sido mi mecánico y amigo.

«¿Por qué lo habrán matado?», me pregunté.

Tal vez para que no pudiese dar una pista. Y no habían vacilado en recurrir a un brutal asesinato.

«¿Había sido simplemente eso? —me pregunté de nuevo—. En tal caso, ¿para qué la tortura? ¿O había sido simple ensañamiento? ¿Por qué?».

Eran demasiadas las preguntas que me venía planteando, que iban saliendo una tras otra.

¿En dónde estaba la clave? ¿Qué había podido mover a Simpson a abandonar su puesto en el circuito cuando nos jugábamos tanto, cuando nos iba tanto en la carrera?

Porque aparte la satisfacción personal por haber logrado una victoria —que tanto correspondía a Simpson como a mí—. Arthur había puesto en las apuestas una buena parte de sus ahorros.

Pensé en la vida de Simpson, tratando de encontrar algo que me pudiese conducir al descubrimiento de sus asesinos.

Y entonces me di cuenta de lo poco que sabía de su vida, a pesar de que pasábamos bastantes horas juntos.

Esto no implica duda alguna hacia él. Estoy seguro de que él era y había sido leal.

Por el momento no quedaban más que dos hombres que podían servir para llegar al fondo de la cuestión.

Uno de ellos era Elmer Craig, el corredor que había sido descalificado por su sucia maniobra al desplazar de la pista a Randy Fisher, el más probable vencedor en caso de fallar yo.

El otro era Joel Smith, vencedor de la prueba.

Pero si teníamos motivos para metemos contra Craig, no existía ninguno para meterse con Joel.

El, aparentemente, se había aprovechado de los «accidentes» que nos habían sucedido a Fisher y a mí para ganar.

Cualquiera hubiese hecho lo propio.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por la llegada del teniente Holmes y el sargento Church.

Tras un breve intercambio de preguntas y respuestas, de una exposición breve de ideas, dije:

—Por el momento no veo más posibilidades de asir un cabo que nos pueda conducir al final que Elmer Craig.

—¿El hombre que ocasionó el accidente de Fisher? —preguntó Holmes.

—El mismo. Y voy a ir en su busca —afirmé.

Holmes me miró sorprendido.

Sin embargo, no objetó nada. No me podía detener en aquel momento y había intuido que cualquier reflexión en contra habría resultado inútil.

Pero propuso:

—¿Tiene inconveniente en que le acompañe el sargento Church?

Respondí prontamente:

—Ningún inconveniente. Agradeceré su compañía.

No era completamente cierto porque tal compañía me ataba un poco las manos, pero no había medio de eludirla, puesto que, de intentarlo, Holmes habría tenido más interés aún en fiscalizar mis movimientos.

Llegamos a la dirección que había dado Craig. Era falsa. No lo conocían en aquella serie de pequeños apartamentos.

No me extrañó. Craig no residía normalmente en Los. Ángeles, era la primera vez que coincidíamos en una carrera en la costa del Pacífico.

Habíamos coincidido, sin embargo, en la costa atlántica, en Indianápolis y otras pistas famosas.

El sargento Church mostró su decepción de forma bastante

gráfica, hasta el punto de que me hizo reír.

Y la verdad era que yo no estaba para bromas. Se me ocurrió ir adonde se hospedaba Fisher.

El hombre estaba haciendo el equipaje a toda prisa. Se mostró reservado, aunque estuvo cortés y conmigo hasta afectuoso.

Comprendí que tenía miedo y no vacilé en preguntarle:

—¿Por qué tienes miedo? ¿A quién?

—No lo sé. Pasamos por diferentes estados de ánimo, por depresiones y yo tengo motivos, lo mismo que les tienes tú.

—Si no se les detiene pueden ocurrir cosas gordas —le dije—. Han asesinado a Simpson.

Palideció, tragó saliva y hasta hubiese jurado que se mordió la lengua.

—Lo siento. No tenía ni idea.

Sabía que era inútil preguntarle por Elmer Craig.

Me despedí de él deseándole suerte.

Church se había mostrado muy circunspecto y me dijo una vez en la calle, cuando nos disponíamos a volver al coche:

—Tiene miedo y lo comprendo. Mi opinión es que lo sacaron de la pista adrede.

—Y la mía.

—¿Adónde vamos ahora?

Cité un lugar en donde se reunía gente del motor. El sargento Church vestía de paisano y quien no lo conociese, por su aspecto no lo habría tomado por un policía y hasta lo habrían aceptado como uno de los maníacos del volante.

Llegamos un poco tarde.

Elmer Craig había sido atropellado minutos antes. Lo habían «planchado» materialmente, tal como dicen entre determinada clase de hampones.

Su cuerpo, cubierto con un trozo de lona, no había sido retirado todavía, aunque la policía había sido avisada ya.

Church, aunque joven, tenía lo suyo de experiencia.

Dijo:

—Ése era nuestro hombre. Estaba usted en lo cierto. Lo han suprimido para evitar que se le pudiese apretar y obligarle a hablar.

—Así es —dije.

—Nos queda Joel Smith —dijo Church.

Le dije lo que pensaba sobre Smith, resumiendo al final:

—No se pueden meter ustedes con él.

—Es cierto. Aguardaremos. Nosotros no podemos tener prisa —dijo.

No le quise decir que yo «sí» la tenía.

A pesar de todo entramos en el establecimiento. Saludé a algunos amigos y a varios conocidos.

Pero recibí la impresión de que dominaba la idea: «Silencio o muerte».

Difícil para cualquier principio de investigación.

El propio Church me lo hizo ver y no tuve más remedio que darle la razón.

—El miedo es nuestro peor enemigo —dijo de forma concluyente.

Le di la razón.

Y volvimos al taller de Simpson.

Cuando llegamos se llevaban ya su cadáver.

Y dimos cuenta al teniente Holmes del desastroso final que había tenido Elmer Craig.

—¿Se han tomado datos sobre el vehículo que le atropelló? —preguntó.

Church se apresuró a responder:

—Nadie sabe nada, nadie ha visto nada. Oyeron el grito y unos aseguran que fue un camión, otros que fue un auto rojo. Hay quien dice que el auto era negro, aunque también pasó un camión en aquel mismo momento. Un sargento llamado Roberts estaba realizando la investigación después de avisar a Jefatura para que se comunicase con el equipo móvil.

Ni Holmes ni Church eran presas fáciles del desaliento. Pero ellos tenían que observar las leyes estrictamente y no podían tener prisa.

Eran eficientes y constantes en su trabajo. Los criminales caerían. Pero a mí me quemaba la sangre pensar que al día siguiente enterrarían a Simpson, mientras sus asesinos se estarían frotando las manos satisfechos por su victoria.

Todo se cerraba ante mí. Hasta el punto de que pensé en ir a buscar a Joel Smith para echarle las manos al cuello hasta que hablase.

Holmes pareció adivinar mis pensamientos. Y me dijo suavemente:

—Confíe en nosotros. Y no cometa tonterías, Donlevy.

—¿Cree usted que aplastar una cucaracha es una tontería? —le pregunté.

—Puede serlo si eso provoca el que luego tengan que aplastarlo a uno —fue su respuesta.

Simpson vivía en un pequeño piso encima mismo de su taller. Pensé en echarle un vistazo. Tal vez la visita me diese la pista que necesitaba.

Holmes me preguntó:

—¿Sabe si había alguna mujer en la vida de Simpson?

Era algo en lo que yo no había pensado.

Simpson era un solterón empedernido, pero al que las mujeres le gustaban mucho, más aún a medida que la juventud iba quedando atrás y Simpson frisaba en los cuarenta años.

—Lo ignoro. Más que discreto, era reservón en materia de faldas. Sé que tenía sus aventurillas —respondí.

Iba a preguntar los motivos que le habían impulsado a pensar que pudiese haber alguna mujer en la vida de Simpson.

Pero no fue necesario. Porque siguió diciendo:

—Hemos estado en su apartamento y había aún en él un perfume femenino bastante acusado. Pero hay más. Alguien estuvo arriba registrando, más que nada, entre los papeles, entre los recuerdos familiares… Y no hemos podido ver ninguna fotografía de «ella», ninguna referencia…

—Pues no sé nada. Es particular, pero antes de llegar usted pensaba yo en lo poco que sabía de Simpson, de su vida privada, cuando, sin embargo, pasábamos juntos muchas horas.

—¿Quiere echar un vistazo a su apartamento? —preguntó Holmes.

—¿Para qué? Ustedes han demostrado que son eficientes. ¿Qué podría ver yo que se les pudiese escapar a ustedes? —le pregunté, a mi vez.

—A pesar de ello opino que debe echar un vistazo. Y también oler. No olvide que cuatro ojos ven más que dos.

—De acuerdo.

Me convenía aceptar. Y Church se dispuso a acompañarme.

Holmes era bastante ladino.

El sabía que yo no me iba a estar quieto y deseaba proporcionarme datos que me ayudaren a desenvolverme.

Haría vigilar mis movimientos y lo que yo pudiese descubrir, no tardaría en saberlo él.

Simplemente, quería que trabajase para él.

Hice como que no me percataba de su idea. Y me dirigí a Church para invitarle:

—¿Me acompaña, sargento?

Subimos.

El perfume femenino era vulgar, corriente, aunque de cierta calidad.

Fue todo lo que pude captar.

En cuanto al sargento Church, sabiendo que por allí había pasado Holmes, no se molestó en buscar.

Olió. Y estuvo de acuerdo conmigo en la definición del perfume, añadiendo:

—No creo que nos sirva.

—Ni yo. Y como ella, según parece, no se ha dejado ningún cabello suelto por ahí —dije con cierta ironía.

—La verdad es que no se ve ninguno —dijo sin molestarse por mi ironía.

Sin embargo, la idea del cabello me llevó a otra que podía servir como principio.

A Simpson le entusiasmaban las pelirrojas.

No era mucho, ¿verdad? Precisamente en Los Ángeles dominaban las pelirrojas, incluso sobre las rubias.

CAPÍTULO III

Naturalmente yo estaba advertido ya.

Y comencé por librarme del sabueso que Holmes me puso. No, no era el sargento Church. El que me puso tenía más bien aspecto de intelectual.

Había anochecido ya cuando entré en el «*snack*-bar» próximo al taller de Simpson, situado en la acera de enfrente.

El que había sido mi mecánico frecuentaba bastante el establecimiento, unas veces para comer allí mismo, otras para adquirir lo que debía comer en su apartamento.

No necesité esforzarme para componer un gesto de circunstancias. Lo sentía de verdad y se me conocía, sin necesidad de fingir.

Tomé asiento en un taburete y el empleado de tumo acudió a servirme inmediatamente.

—Siento lo sucedido —me dijo.

—Gracias.

—Oí decir también que faltó poco para que se lo cargasen a usted en el circuito.

—Sí —admití.

Era lo que yo necesitaba. Un tipo parlanchín, sin miedo, porque no alcanzaba a comprender la gravedad del caso.

—¡Pobre señor Simpson! —exclamó.

—El no merecía una cosa así. Y la que estará verdaderamente angustiada será su pelirroja.

Abrió mucho los ojos y exclamó:

—¡Justo! ¡Y qué pelirroja! No le había conocido otra igual.

—Ni yo —respondí—. Y eso que, con estos días de ajetreo, apenas si la he visto tres o cuatro veces.

Silbó admirativamente, a la vez que bizqueaba. Y volvió a exclamar:

—¡Qué pelirroja! El señor Simpson era un hombre de suerte. Con eso de que había sido un famoso corredor… Y que él tenía buena planta… —admitió, abombando el pecho, como queriendo demostrar que él no era menos en tal sentido.

—Estará destrozada. Lo malo es que ignoro en dónde vive.

Me miró extrañado. Y preguntó:

—¿No ha venido a verlo?

—No habrá tenido ocasión ni de enterarse. Tal vez mañana por medio de la Prensa…

—Le llevará flores —dijo—. ¿Qué va a tomar?

—Café bien caliente.

—¿No le pondrá más nervioso?

—Espero que no. ¡Pobre Arthur y pobre chica! Si al menos supiese en dónde trabaja… Porque ella parecía muy enamorada de él…

—¡A mí me parecía una gata celosa! Con perdón —dijo el charlatán, mientras preparaba el café.

—Nada que oponer —dije—. Si la chica lo quería…

—¡Tenía que quererlo! El señor Simpson tenía mucha suerte con ellas. Lo merecía, está claro.

Charlaba demasiado, pero no decía nada que me pudiese interesar.

—¿Estuvo alguna vez aquí con ella? —le pregunté.

—Dos veces, pero poco rato, el justo para llevarse lo que necesitaban. Ella se le acercaba como una gata mimosa y no quería más que llevárselo.

Lo decía sintiendo envidia a Simpson.

Yo bromeé, diciendo:

—Supongo que no lo habrás matado tú por celos.

Bizcó cómicamente y preguntó con expresión que reflejaba estupor:

—¿Matarlo yo? ¿Por una mujer? ¡No! Claro que no.

Sonrió un tanto avergonzado y dijo:

—Usted bromea, claro.

—Perdona. Estoy un poco desquiciado con todo lo sucedido —me excusé.

—Bueno, usted puede gastar una broma, no pasa nada.

—Creo que ella es una buena artista. Me pareció que Arthur me habló de ello.

Hizo una mueca y se apresuró a decir:

—No creo que sea una gran artista. Ni buena siquiera. Sería conocida y no lo es.

Era una razón.

El sirvió el café y yo lo animé con la mirada y una generosa propina cuando pagué.

Se animó. Y dijo:

—Ella es joven, pero no es ninguna niña. Y si valiese, habría destacado.

—¿En dónde podría verla esta noche? Me gustaría que no recibiese la noticia de manera brutal, por la Prensa…

Me miró sorprendido y dijo:

—No sé en dónde podría encontrarla. Usted ya sabe que el señor Simpson hablaba poco y menos de sus cosas particulares.

—Cierto —hube de admitir.

Comencé a beber el café.

—Creo que ella baila. Me pareció oír algo de eso —dijo el barman en su afán de complacerme tras la propina.

—¡Es posible! Porque no sé qué le oí decir de la danza de los siete velos —mentí.

Le brilló la mirada y dijo:

—No creo que sea de las que usan muchos velos… Y será estupendo verla, claro está.

—Siento no poder encontrarla. Pero cuando me la presentó, estaba yo tan ocupado con mi bólido, que ni siquiera recuerdo el nombre. Me parece verla aun acariciando mi máquina. Seguro que la entusiasmaban las carreras —dije audazmente.

Hizo memoria. Y dijo a poco:

—Recuerdo las iniciales. Una eme y una be…

—Eme y be… —repetí.

—Sí. Las llevaba en el bolso, en el broche… ¡Eso es!, Y él la llamó…

—¡Mae! —interrumpí yo.

—Justamente, Mae, sí, señor. Al fin puedo recordar. El apellido no me lo dije, estoy seguro. Pero es cierto que la llamó Mae.

—Bueno. Ya es algo, aunque no demasiado.

Apuré mi café y lo alabé.

Estuvo a punto de reventar de satisfacción y me dijo:

—Ya sabe que se le considera, señor Donlevy…

—Gracias.

Me puse en pie.

El barman señaló discretamente una atractiva chica que entraba. Y dijo:

—Ella era algo así, pero en pelirrojo.

Guiñó un ojo significativamente.

La que entraba era rubia y podría tener unos veinticinco años.

Convencido de que no sacaría más de allí, me despedí, quedando en que volvería de vez en cuando.

El me aseguró que, si no terminaba muy cansado, iría al entierro de Simpson.

Yo me había ocupado de algunas gestiones en tal sentido, pero ignoraba aún a qué hora se llevaría a efecto, le prometí telefonearle diciéndoselo si me enteraba en hora hábil para ello.

Salí rápidamente. Me quedaba bastante trabajo por delante. Poder localizar a la pelirroja llevaría lo suyo.

Pensé en las agencias que se dedicaban a organizar fiestas. Ellas se llamaban pomposamente de «relaciones públicas».

Pensé también en algunos agentes artísticos que surtían a las salas de fiestas y «nigth-clubs» de mujeres jóvenes y atractivas, aunque su calidad artística dejase bastante que desear.

Y no olvidé que Simpson frecuentaba algunos de tales establecimientos, a uno de los cuales le había acompañado hacía meses.

¿Cómo no había pensado antes en ello?

Tras asegurarme de que no había sido localizado por el policía que me había colocado Holmes, me lancé al trabajo.

Tras mi quinta visita hube de hacer un alto para comer un par de bocadillos.

Y al fin mi esfuerzo tuvo su premio.

Fue en la octava visita, en la oficina de un agente artístico, que se hallaba ausente en aquel momento.

Su secretaria se disponía a marchar ya.

Pero yo puse en sus lindas manos un billete de veinte dólares.

Ella abrió mucho los ojos y se dispuso a servirme.

Después de oírme, respondió:

—No puede ser otra que Mae Bishop… Pero no baila.

—¿No?

—Canta. Como un grillo, pero canta —aseguró sin afán de hacer gracia.

Suspiró, me miró y dijo a continuación:

—Hay mujeres que tienen una suerte extraordinaria Y Mae es una de tantas. Reconozco que posee atractivo, un gran atractivo.

—Le aseguro que me tiene sin cuidado el atractivo de la señorita Bishop. Quiero organizar una fiesta en honor de un amigo que se perece por las pelirrojas y que me habló de ella con entusiasmo. Eso es todo.

Le di las gracias y veinte dólares más.

Sonrió con expresión cautivadora al saber que Mae no me importaba, me miró de pies a cabeza y seguidamente me enseñó varias fotografías de la pelirroja.

—Está bien. Yo estoy por las rubias, pero a mi amigo le gustan las pelirrojas —dije.

La secretaria suspiró. Ella era rubia.

Me dio la dirección de Mae y dijo:

—Que se gane unos dólares y si el jefe no se lleva comisión, que se fastidie. Bastante nos saca a todos los que trabajamos para él.

—Esto es una fiesta, no se trata de una actuación Puede quedar tranquila su conciencia.

—A mí me es igual. A esa chica la llaman para muchas fiestas de esas que organizan las agencias de relaciones públicas. Debe tener algo que no tenemos la demás.

—Supongo que tendrá exactamente lo mismo que usted y posiblemente peor distribuido. Y algún día que tenga tiempo disponible se lo podré demostrar.

La tomé del brazo para entrar en el ascensor. No tuve suerte. Iban dos personas más en él.

Una vez en la calle me ofrecí a llevarla en mi coche hasta su casa o adonde fuera.

La llevé hasta una próxima sala de fiestas, en la cual actuaba.

Cuando nos despedimos, me dijo:

—Ceno aquí mismo. Y ya sabe en dónde me puede encontrar

fuera de las horas de oficina.

—No lo olvidaré.

—Si se da prisa encontrará a Mae en su apartamento. Ella es de las que actúan tarde, en segunda sesión «reservada»… Por regla general.

Entendí perfectamente lo que quería decir. La sesión «reservada», como acentuó significativamente, se hacía para clientes bien conocidos de la casa y amigos que fuesen con ellos.

En tales sesiones las chicas no mostraban preocupación alguna por la ropa, aunque usaban algún trapito o alguna joya de adorno, para que no se dijese.

Y el que cantase como un grillo, según expresión de la rubia secretaria, carecía de importancia si se tenía un físico apreciable. Y no cabía duda de que Mae Bishop lo poseía.

Aproveché el consejo de la rubia y me dirigí al apartamento de la pelirroja que había sido amiga de Simpson.

El apartamento estaba situado en un tercer piso de una edificación que databa casi de principios de siglo y que tenía tres pisos más.

Había cinco apartamentos en cada rellano y Mae ocupaba precisamente el de un extremo, o sea el número quince.

La escalera estaba mal iluminada, hasta el punto de que hube de encender mi mechero para asegurarme por el número de que era aquél el apartamento que buscaba.

Y antes de llamar me detuve a escuchar.

Pude darme cuenta en seguida de que había gente dentro, Mae no estaba sola.

Hablaban, parecían excitados, a pesar de lo cual sus voces eran bajas y solamente se oía alguna palabra suelta.

En un momento dado me pareció percibir un sollozo.

No había oído más que una voz femenina, con toda seguridad la de Mae, que debía ser también la que había sollozado.

Al sollozo siguió una especie de ahogado grito de protesta, que al final fue realmente cortado de manera brusca.

Se había oído un leve chasquido, lo cual me hizo suponer que le habían tapado la boca bruscamente.

Y lo que ella había dicho en el grito, me había sublevado, pues fue:

—Habías asegurado que no habría sangre…

No necesitaba más. Había encontrado la clave: «Buscad la mujer», dicen los franceses. Yo la había buscado y la acababa de encontrar…

Y no estaba sola.

Me había armado y no me preocupaba la compañía que pudiese tener.

Y el pretexto para presentarme lo tenía también.

Llamé de forma decidida, normal, sin pretender asustar a nadie.

E inmediatamente cesó todo ruido en el interior del apartamento.

Calculé el paso del tiempo.

Imaginé el tiempo que ella necesitaba para limpiarse las lágrimas y ponerse presentable. Y el que necesitaban sus acompañantes para desaparecer.

Y volví a llamar.

Oí ruido de pasos, muy leve. Y me di cuenta de que abrían la mirilla.

No se escondió para preguntar:

—¿Qué desea?

Trató de dominar la voz y casi lo consiguió.

—Estuve en la oficina del señor Crowll, he hablado con la señorita Loverly y ella me dijo que podría dirigirme directamente a usted, dado que se trata de una fiesta particular…

Tardó en responder. Cuando lo hizo, dijo:

—No dispongo de tiempo, lo siento…

—A la hora que es, seguramente dispondrá de tiempo. Pagan bien…

—Estaba preparando mis maletas, me ausento.

—Hay empeño en que vaya usted a la fiesta, en que actúe en ella. La traeremos y la llevaremos adonde sea, aunque hayamos de emplear el avión.

Yo procuraba mostrarme persuasivo. Ignoraba si ella me conocía.

Como fuese, no podía ver bien mis facciones por la falta de luz en la escalera.

Para decidirla observé en tono de broma:

—Le aseguro que soy un buen chico y que no me la voy a comer,

aunque me han dicho que es usted de lo más apetitoso que uno puede encontrar en pelirrojas.

—¿Quién le ha hablado de mí? —preguntó halagada. Comprendí que estaba vencida.

—La señorita Loverly. Dice que usted es única…

—Está bien. Le abriré… Espero no tener que arrepentirme…

En realidad, no abrió, sino entreabrió, para examinarme mejor.

Sonreí para confiarla.

En el mismo instante sentí que me clavaban materialmente el cañón de una pistola en mi espalda, a la altura de los riñones.

Un hombre de voz bronca advirtió:

—Cuidado con lo que se hace, muchacho. Abre, Mae… tengo interés en verlo bien para saber si es quien dice, o si es «otra cosa» …

CAPÍTULO IV

Aparté las manos ligeramente de mi cuerpo para demostrarles mis pacíficas intenciones. Mejor dicho, para hacerles creer en ellas.

Y eché a andar sin mostrar prisa, a la vez que decía:

—¿Es que se han vuelto locos?

—Tal vez te pasaste de listo —respondió el de la voz bronca.

La pelirroja abrió la puerta el espacio justo para que yo pasara.

Una equivocación lógica en una persona que podía ser cómplice de unos asesinos, pero no estaba habituada a escenas como aquélla.

El de la voz bronca mantenía su pistola apoyada contra mis riñones.

Otro error, bastante más grave, puesto que yo sabía exactamente el lugar en donde estaba el arma.

Mae se había quedado sujetando la puerta y yo, apegas llegué a su altura giré de improviso, perdiendo contacto con el arma que empuñaba el de la voz bronca.

El hizo fuego inmediatamente, pero erró el blanco.

Llevaba la pistola con silenciador y el disparo apenas se oyó.

Se oyó, sin embargo, su aullido de dolor cuando yo, tras mi rápido giro, aparté a la pelirroja de la puerta y cerré ésta con violencia.

Pillé la mano del pistolero, obligándole no solamente a aullar, sino a soltar el arma.

No logré cerrar por completo, pero dominaba ya la situación y entreabrí para permitirle retirar la lacerada extremidad, volviendo a cerrar inmediatamente.

Yo contaba con los individuos que podían estar en el apartamento de la pelirroja, los que discutían con ella a mi llegada.

En lugar de desenfundar mi arma, tomé la del pandillero,

provista de silenciador.

Pensé que estaba en casa ajena y que no debía hacer demasiado ruido.

Tiré apenas vi asomar una pistola.

Estaba seguro de que los fulanos me reconocerían tan pronto me viesen bien y con la muerte de Simpson había suficiente por mi parte.

Di al pandillero en la cabeza y la misma fuerza de la bala lo lanzó hacia atrás. Llegué al convencimiento de que no podría molestar a nadie más. Al menos, conscientemente.

Descubrí a otro pistolero que, apenas se dejó ver, pareció dispuesto a barrer con una ráfaga tanto a la pelirroja como a mí.

Soltó dos pildorazos iniciando la ráfaga, el segundo de los cuales me rozó.

El tercer pildorazo fue mío y ya no hubo más por el momento. Le alcanzó entre la mano y el arma, rebotó ligeramente en ésta y le hizo luego un boquete bastante grande en la cara, matándolo instantáneamente también.

La pelirroja estaba aterrorizada.

Comprendía que sus compinches no iban de broma ni aún con ella. Había intuido que el último pandillero muerto estaba dispuesto a liquidarla al mismo tiempo que me liquidaba a mí.

Además de aterrorizada, Mae estaba desconcertada.

Y si me conocía por alguna fotografía, estaba bastante claro que no me había reconocido.

Los de fuera golpearon en la puerta. Habían oído perfectamente el ruido de los disparos, pero seguramente no podían imaginar lo sucedido.

El de la voz bronca daba la sensación de haber recibido bastante daño al pillarle yo la mano con la puerta y aunque en voz baja, denostaba contra mí, dedicándome los más soeces insultos.

Me preparé bien, en silencio, con un mueble en la mano izquierda y la pistola en la derecha.

Abrí con esta misma mano y lancé el mueble por delante, para descolocar a los dos hombres que me habían sorprendido anteriormente.

A pesar de que no sobraba la luz, ellos me reconocieron inmediatamente yo me di cuenta de ello por sus gestos de sorpresa

y miedo.

El de atrás levantó el arma que había desenfundado.

Y hube de tirar contra él, dedicándole la preferencia.

Pero el impulsivo pandillero de la voz bronca quiso atacarme al propio tiempo que desviaba el mueble.

Y se interpuso entre los dos, recibiendo el balazo en la espalda, a la altura del corazón.

Salió lanzado contra mí y hube de apartarlo con la izquierda mientras me adelantaba a tirar con la derecha antes de que el otro repitiese con una de sus mortales píldoras.

Di de lleno en el blanco, el hombre giró aparatosamente y cayó muerto.

Entré en busca de la pelirroja, la cual desorbitó la mirada.

Tuve que tranquilizarla:

—No temas. Contra ti no va nada, pero no te puedo dejar aquí…

Afortunadamente, ella vestía traje de calle, de tal forma llamaríamos menos la atención que si fuese con alguna ligera bata casera.

Me siguió Mae de forma un tanto como la persona que se ve conducida a la cámara de gas.

Una vez fuera, cerré.

Luego borré con un pañuelo mis huellas de la pistola que había empleado. Y la puse en la mano de su dueño, haciendo presión en ella para que fuesen sus huellas las que quedasen registradas.

Había que estar en todo y aunque había actuado en defensa propia yo necesitaba absoluta libertad de movimientos.

Ignoro si los otros apartamentos se hallaban ocupados, si sus ocupantes estaban en ellos a aquella hora. Lo cierto es que no salió nadie a pesar del barullo que se había armado.

Mi forzada acompañante tuvo un momento de rebeldía.

Pero le dije con expresión agresiva:

—Será mejor que me sigas. No pienso hacerte daño, pero tendrás que hablar. Soy Rex Donlevy —me presenté.

Al oír mi nombre estuvo a punto de desmayarse y tuve que sujetarla y ayudarla a descender la escalera, para que no cayese.

Una vez en la calle, eché una mirada en torno a nuestras personas.

Nadie, ni siquiera el sabueso que Holmes me había puesto.

—Vamos, sube —apremié.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó con expresión angustiada.

—Tenemos que charlar…

—¡Yo no quería sangre! Me lo habían prometido así. —Lo sé. Tranquila…

Palmoteé uno de sus muslos, para tranquilizarla. Tenía músculos jóvenes, elásticos, pujantes.

Comprendí perfectamente que hubiese mareado a Simpson, el hombre que se perecía por las pelirrojas.

Percibí su perfume, el mismo perfume que había notado en el apartamento de Simpson.

Ella me miró. Había angustia en su expresión, de la que el miedo había desaparecido.

Tenía unos ojos inmensos, profundos, cautivadores. Aunque probablemente ella estaba vacía de espiritualidad.

Puse el automóvil en marcha. Y Mae dio la impresión de sentirse más aliviada.

—¿Adónde me llevas? —preguntó.

Se había acercado mucho a mí.

—Es cierto. ¿Adónde te llevo? Mi apartamento no es el lugar más indicado…

Se le iba pasando el miedo. Y hasta me pareció percibir en ella cierta sonrisa de travesura.

Yo sonreí también y dije:

—Es posible que en estos momentos tenga en él demasiadas visitas, bastante molestas además…

Comprendió que no me había interpretado bien y que yo no era ningún puritano. Y se mordió el labio inferior.

Yo quise delimitar posiciones y a fuerza de parecerle poco galante, seguí diciendo:

—Arthur se perecía por las pelirrojas y tú lo debes saber perfectamente. Yo, sin despreciaros, prefiero las rubias.

Volvió a morderse el jugoso labio inferior, me miró de soslayo y dijo:

—Te habrá gustado Kay Loverly…

—Me ha gustado…

—Es una gran chica que, si puede hacer un favor, no lo duda.

Tiene genio, pero eso no es malo. Y ve con claridad las cosas…

—No le habrá gustado que la haya engañado haciéndole creer que te iba a contratar…

—Procuraré que no se entere de la verdad. Ni por ti, ni por mí.

La pelirroja había perdido el miedo totalmente, parecía confiarse conmigo y me pareció lo mejor que podía suceder.

—Te habrá dicho que canto como un grillo… —dijo.

—Sí… —admití.

—Es verdad. Por eso estoy aprendiendo a bailar. Tendré más éxito y sorprenderé a la gente que va a verme.

—Justo, que va a verte…

Mientras hablábamos decidí que el sitio más seguro lo tendríamos precisamente en el apartamento de Simpson. Al menos, de momento.

Pensé también que no debía estacionar el auto en la calle. Y lo llevé a un aparcamiento que distaba apenas unas trescientas yardas.

—Siento tener que hacerte andar, pelirroja…

—Me conviene el ejercicio… ¿Adónde vamos? —preguntó con expresión de alarma al reconocer el lugar adonde habíamos llegado y ver la dirección que tomábamos.

—Lo has acertado. No hay cuidado… Y es el lugar en donde más tranquilos podremos estar… —le respondí.

Se atrevió a protestar:

—¡No quiero ir allí! No podría estar…

—Calma los nervios. Y vamos allí. Mañana te buscaré otro lugar…

—Tengo una amiga… —comenzó a decir.

Interrumpí para decir:

—Yo tengo más de una amiga…

—Lo supongo —remachó tras envolverme en una mirada.

Mae rebosaba picardía, hasta el punto de que faltó poco para hacerme reír, a pesar de todo.

Entramos por la parte contraria adonde estaba instalado el «*snack*-bar» en el cual había iniciado yo mis pesquisas. No quería correr el riesgo de que me viese el parlanchín barman con la pelirroja.

El taller de Simpson había sido cerrado y sellado por la autoridad.

No había vigilancia, al menos, a la vista, aunque llegué al convencimiento de que la policía a la cual correspondía la vigilancia de aquella zona daría más de una vuelta por enfrente de la casa.

Indiqué a Mae que debía andar con naturalidad, como si nada hubiese sucedido.

No había nadie en la calle, de lo contrario no habría podido pasar inadvertida, ni aun sin haberla visto por allí otras veces acompañada por Simpson.

Entramos en el zaguán de la casa. Afortunadamente yo tenía una llave. Ella tenía otra, según me confesó, pero con la prisa había quedado en su bolso y éste en su apartamento.

Mae entró en el apartamento escudándose en mí.

Yo cerré una vez entramos. Y antes de encender ninguna luz me aseguré de que estaba todo bien cerrado.

Así y todo, tuve la precaución de no encender luz en la pieza que daba al exterior, cerrando la puerta de comunicación con la sala en donde nos quedamos.

—Tal vez no te des cuenta, pero aún se nota aquí tu perfume.

Me miró asombrada. Y dijo luego:

—Yo no noto nada.

—Porque lo llevas y estás habituada a él. Comencé tu localización precisamente por ahí. La policía también se dio cuenta de que había una mujer de por medio…

—Yo no he sido lo que él merecía… No me he portado bien —dijo asustada—. Pero no creí que lo matarían, pedí que no hubiese sangre.

—Lo mataron bestial y estúpidamente. Y han estado a punto de matarme a mí también.

—¿Por qué? —preguntó.

Era sincera.

—Eso es lo que vamos a intentar averiguar.

Habíamos permanecido de pie. Y le señalé un asiento en el cual se dejó caer con expresión de vencida. No fingía tampoco en aquel momento.

Tomé asiento frente a ella, que dijo:

—Esto es mucho peor de lo que yo podía imaginar. Me han mentido, me han mentido… —repitió.

—Calma. ¿Quieres tomar algo antes de comenzar a trabajar?

—Un trago… Debe haber algo por ahí… —dijo.

Se puso en pie, se dirigió al mueble bar primero y al frigorífico a continuación.

—¿*Whisky*? —me preguntó.

—De acuerdo. Poco *whisky* y bastante soda. Mi estado es normal, a pesar de todo —respondí.

No lo hice por fanfarronear, sino por darle una sensación de seguridad de la que ella volvía a estar muy necesitada.

Tomó la lección. Y se sirvió el *whisky*, con la mitad de soda.

—Comprendo que Arthur sintiese verdadera admiración por ti —dijo la pelirroja.

—¿Lo querías? —pregunté.

—No. Llegué a apreciarlo y sentí la ruindad de mi papel junto a él.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté.

—Más por miedo que por dinero. Una comete errores… Y «Texas» Dick me tenía atrapada.

—¿El tal «Texas» Dick es uno de los que estaban en tu apartamento?

—Sí, de los que estaban dentro. El primero contra el cual disparaste.

—¿Era el jefe?

—No. El jefe era Mark Matto. El que comenzó a disparar dispuesto a segarnos…

Oímos un ruido leve, como si alguien estuviese intentando abrir la puerta del apartamento. Siguió un silbido, como una contraseña y la pelirroja se estremeció, sintiendo que se le erizaba el cabello.

Fue algo que pude percibir puesto que ella me tomó primero de las manos y se abrazó a mí seguidamente.

No me dejé sujetar por si acaso, aunque continuaba creyendo que ella jugaba limpio en aquel momento.

Y la dominé, haciéndola sentar y apagando la luz inmediatamente.

—¿Qué sucede? —pregunté a su oído—. Eso era una contraseña.

Yo la había sujetado por ambos brazos, los cuales tenía sobre los correspondientes del sillón en que se había sentado.

Vi brillar sus ojos en la oscuridad. Temblaba y su mirada

reflejaba pánico.

En aquella ocasión le hice beber *whisky* puro, directamente de la botella.

Se bebió dos largos tragos.

Luego la dejé respirar y recibí la sensación de que reaccionaba favorablemente.

Al fin pudo responderme, diciendo:

—Es la contraseña que usaban Mark Matto y Dick.

A pesar de su reacción favorable estaba asustada aún.

—Tranquila. Sé que estaban muertos y bien muertos —respondí—. Tratan de asustarte, de impresionarte para que te niegues a hablar.

—Eso quiere decir que nos han seguido, que me han descubierto… ¡Me querrán matar!

No quise asustarla más, pero incluso para mí, la conducta de quien fuese resultaba desconcertante.

Empuñé la pistola y, después de pedirle que se estuviese quieta, me dirigí a la puerta de entrada del apartamento.

Pensé inmediatamente que ellos trataban de atraer mi atención hacia tal lugar para entrar por otro sitio. Tal vez estaban dentro ya.

Sin embargo, seguí, aunque tomé la precaución de echarme al suelo.

No me había equivocado. Los tenía allí dentro.

CAPÍTULO V

Aquello se podía convertir en una verdadera trampa para mí y para la pelirroja.

Los tenía dentro, por una parte.

Pero no debía olvidar que podían entrar por otra. Tenían, seguramente, la llave que Mae había dejado en su bolso.

Aquello significaba que podían utilizar también la puerta, tal vez en el momento en que yo estuviese luchando con los otros. O simplemente, cuando los estuviese buscando.

Porque estaban dentro del apartamento, si bien no podía saber aún en dónde.

Los sorprendí con mi rapidez llegando hasta la puerta, la cual aseguré con un cerrojo, amontonando además dos pesados muebles detrás de ella.

Y hube de volverme rápido, la vida de la pelirroja peligraba.

Mae gritó al ver que se abría sigilosamente la puerta que comunicaba la sala en donde ella estaba con la pieza exterior.

Yo había vuelto al suelo para presentar menos blanco. Y disparé sin contemplaciones, aun a riesgo de que el intruso fuese policía. Mi pistola no llevaba silenciador y el ruido del disparo atronó el apartamento.

Siguió un gemido y el ruido de una pistola que caía.

En la escalera se movió la gente. Me produjeron la sensación de ratas que huían precipitadamente al advertir la presencia del ser humano con una estaca en la mano.

Naturalmente, me tranquilicé en parte. La policía no empleaba señales como las usadas por los hampones. Y tampoco se comportaban de aquella manera.

Salté de lado al advertir que alguien asomaba un arma.

Mae, por su parte, se había dejado caer del sillón y había rodado hacia un lado.

Silbaron tres proyectiles que no llegaron a tocarme gracias a mi salto.

Los disparos apenas si hicieron ruido. La pistola que había escupido los mensajes de muerte llevaba silenciador.

No era policía quien la empuñaba. A los agentes de la ley no les importa hacer ruido.

Yo hubiese preferido no hacerlo. Pero llevar una pistola con silenciador no era propio de mí. Eso había que dejarlo precisamente a los sucios pandilleros que habían atacado ya varias veces tratando de clavarme sus mortales aguijones.

Mi pistola impuso rápidamente silencio a la del pandillero, al cual herí en una muñeca.

El hombre dejó caer el arma y desapareció con rapidez.

Fueron entonces ellos los que cerraron la puerta, acumulando muebles detrás de ella para dificultar el que yo les pudiese perseguir.

Pero la verdad es que no había pensado en tal cosa. Yo también tenía que huir si quería seguir adelante. Y por el momento me conformaba con habérmelos espantado.

La policía no tardaría en acudir.

No me convenía y menos, después del rastro de muertos que había dejado dentro y fuera del apartamento de Mae.

Tomé a la asustada pelirroja de la mano y tiré de ella. Había que salir rápidamente de allí.

Un pequeño ascensor interior instalado por Simpson nos llevó a su taller.

Y salimos de él pasando a un patio de luces, desde el cual saltamos por una ventana a la escalera de otra casa, cuya fachada principal daba a la calle paralela a la del taller de mi amigo.

Resultó fácil salir. Y cruzamos a la otra acera.

La policía había dado ya la señal de alarma y comenzaban a dirigirse todos al punto en donde había tenido lugar la refriega.

Nos dirigimos en sentido contrario hasta, llegar al aparcamiento en donde yo había dejado mi coche.

Y nos alejamos sin mostrar la menor prisa, dispuesto a no despertar sospechas por tal causa.

A milla y media de distancia, detuve el automóvil. Me había dado cuenta de que Mae necesitaba hablar, desahogarse.

—Está bien. Suelta lo que sea —dije.

—¡Es terrible lo que sucede! —exclamó.

—De acuerdo. ¿Y qué? ¿Quieres que les dejemos hacer? ¿Qué metamos la cabeza debajo del ala para no ver el peligro?

—No pretendo tal cosa, pero…

—Pero ¿qué…? —pregunté.

—Creo que iba a decir una tontería. ¿Crees que ellos nos siguieron? —preguntó.

Yo bahía pensado en ello. Y respondí convencido:

—No creo. No tuvieron ocasión y, por otra parte, me cuidé bien del asunto.

—¿Entonces…? —preguntó desconcertada.

—Tal vez ellos acudieron allí en busca de algo… Ya habían hecho un registro esta tarde en la casa —dije—. Y la casualidad ha hecho lo demás. Puede que les hubiésemos estorbado, o que nos viesen entrar…

—¿Y adónde vamos ahora?

—Al estudio de un escultor. A lo mejor le sirves de modelo.

Reí para mí. Janos Fiver, de origen húngaro, era lo que se ha dado en llamar un abstracto. Yo prefiero no clasificar el arte, no encasillarlo. Me parece bien la clasificación con fines de enseñanza, no me gusta ir mucho más allá en ella.

El caso es que Janos no copiaba la Naturaleza, estoy de acuerdo con él en que el arte es interpretación, creación… Y Janos veía e interpretaba muy a su manera.

Si Janos tomaba como modelo de su obra una mujer, se podía asegurar que todo parecido de la obra con su modelo era simple coincidencia.

En tanto, medio tranquilizada la pelirroja yo había vuelto a poner el automóvil en marcha.

La idea de que podía servir de modelo a un escultor había halagado la vanidad de la estupenda pelirroja, haciendo que olvidase en parte lo que estaba sucediendo.

La desilusión llegaría luego. Y menos mal que con Janos trabajaba un pintor italiano para el cual una mujer era de verdad una mujer. Las consideraba así, aunque se cubriesen con abrigo de

visón.

Cuando nos presentamos en el estudio, Janos descansaba mirando su trabajo, criticándolo duramente. De vez en cuando murmuraba:

—Hay que sintetizar.

Mae me miró, no sé si asombrada o asustada.

El pintor italiano estaba dando los últimos toques al retrato de una conocida actriz.

Mae se quedó extasiada mirándolo.

Janos, por señas, me hizo comprender que Mae era muy hermosa, pero que carecía de inteligencia.

Cuando le dije lo que pretendía, me señaló un pequeño gabinete que quedaba a un lado del estudio. Y dijo:

—Ahí no os molestará nadie, aunque vengan amigas y amigos. Si la quieres someter al tercer grado, puedo poner música de esta que llaman moderna y que yo llamo escandalosa.

—No es necesario. Gracias.

—Ahí mismo tenéis para beber y comer lo que os apetezca…

Una vez solos, pudimos al fin abordar lo que tanto me interesaba. Y no quise perder tiempo.

—¿Estabas allí cuando lo mataron? —pregunté.

—No.

—¿Cuándo te enteraste de que había muerto?

—La noche anterior había quedado con él en que nos veríamos después de la carrera. Y fui a verle… Cuando llegué había gente agolpada en la puerta del taller, descubrí a la policía… Y me marché de allí más que de prisa.

—¿Le telefoneaste al circuito de la carrera para algo?

—No. Fue uno de ellos, según me he enterado luego. Le dijeron que yo había sufrido un grave accidente y que iba camino del hospital…

—Comprendo —dije yo—. Ellos lo aguardaban a la salida para conducirlo adonde estabas supuestamente tú y lo llevaron a su propio taller.

La pelirroja, arrasados los ojos, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿Fue Dick quien te obligó a relacionarte con Arthur? —preguntó.

—Sí. El seguía ya a Arthur. Arthur fue a verme una noche, en una sesión privada y parece que le gusté —dijo, bajando los ojos, aunque de su expresión no estaba ausente la picardía.

—¿Qué querían de Arthur?

—Que le hiciera hablar de sus cosas, de sus proyectos y de los tuyos.

—¿Lo conseguiste? —pregunté.

La miré. Viéndola a ella y, conociendo a Simpson, la pregunta resultaba ociosa. Le habría hecho hablar hasta por los codos.

Ella sonrió halagada. Sabía que yo había encontrado ya la respuesta. Entornó los ojos y se rebulló en el asiento.

—¿Qué te dijo? —pregunté.

—Si quieres que te diga la verdad, casi no lo entendía. Me hablaba del bloque del motor, de válvulas y cilindros, de rectificación de bielas, de no sé qué otra reforma…

Hizo un encogimiento de hombros y prosiguió diciendo:

—Yo procuraba recordar todo, pero no lo conseguía. Y les decía lo que podía…

Bajó la voz y dijo:

—Yo le llamaba genio… Ahora me da pena haberme burlado de él.

Tragué saliva. Me dieron ganas de abofetearla hasta dejarla sin sentido.

—Continúa —pedí.

Mae no era inteligente pero su instinto le había avisado del peligro. Y cuidó de mostrarse prudente al proseguir:

—No hay mucho más que te pueda decir.

—Ellos averiaron mi bólido.

Afirmó con un movimiento de cabeza y concretó:

—Querían que perdieses la carrera.

—Y que me matase, ¿no es eso?

—Yo no lo hubiese admitido. Ellos dijeron que tu bólido se detendría un poco después de mitad de carrera…

—¿Te dijeron cómo lo iban a conseguir? —pregunté.

—Aseguraron que era muy fácil. Con un ácido comerían parte de una pieza del motor. Al correr, la pieza se iría rompiendo y, cuando se rompiese, el bólido se detendría…

Era como lo habían hecho. Así no quedaba huella de

herramienta alguna. La pieza había sido desmontada y vuelta a montar.

Le aclaré a la pelirroja:

—Al romperse la pieza, a la velocidad que debía ir el bólido yo debía salirme de la pista y estrellarme, se habría incendiado el bólido y entonces no se habría notado nada. Si aserraban, o limaban, se podía notar mejor si se hacía una revisión antes de la carrera. Y aun incendiándose el auto, se podía notar también.

Exclamó:

—¡Oh! Te aseguro que no lo sabía. Ellos querían eliminarte para ganar en las apuestas y llevarse el primer premio —dijo.

—¿Así pues, Joel Smith es del grupo?

—No lo conozco, no te lo puedo decir. Ellos dijeron que se llevarían el premio…

—¿Has oído hablar de Elmer Craig? —pregunté.

—He oído nombrar a un Elmer. No sé nada más.

—Lo asesinaron después que a Simpson, para que no pudiese hablar. Había cometido una pifia —le informé.

Se estremeció.

—Y a ti te habrían matado también después que los habías servido.

Admitió con un gesto y dijo:

—Lo sé. Lo comprendí. Quisieron que dejara Los Ángeles con el pretexto de ir a trabajar a Las Vegas. Pero sé bien que no hubiese llegado jamás a Las Vegas, ni hubiese vuelto a Los Ángeles.

—Eso lo puedes dar por seguro…

—Después de que me he portado mal con vosotros, me has salvado la vida y me estás tratando mejor de lo que merezco —dijo con expresión humilde.

Era como para abofetearla de nuevo, pero decidí tener paciencia y dejarla en paz.

—Dejemos de gimotear —pedí una vez logré dominar mi impulso.

—Lo siento. Perdona —me dijo.

Llegué a pensar por un momento que debía dejar sus exhibiciones para dedicarse al teatro. Tal vez habría sido una buena actriz dramática, sin pretenderlo.

—¿Cuándo y cómo hicieron el trabajo? —pregunté.

—Anoche, mientras yo entretenía a Arthur. Bailé y canté para él, puse música… En fin, él lo pasó bien.

Resultaba desconcertante. Arthur lo había pasado bien mientras unos asesinos nos preparaban el desastre.

—No me importa cómo lo pasó él. Le estabas preparando la fosa —acusé con dureza.

—¡Yo no lo sabía! —protestó.

—El resultado es el mismo. Les facilitaste llaves y además armaste ruido con tus bailes y tu canto…

—Puedes decir mi canto de grillo. No me enfado.

No le hice caso. Y pregunté:

—¿Si ellos querían dejarnos fuera de combate en la carrera, para qué diablos querían que le sonsacases cosas a Arthur?

—No lo sé. No entiendo de eso. No siquiera sé conducir…

—Además, ellos han estado revolviendo después de su muerte… Y lo sacaron de su puesto por algo, no solamente para matarlo. No necesitaban matarlo si lo que buscaban era nuestro fracaso en la carrera de hoy.

—Te he dicho todo lo que sé —manifestó.

Acompañó sus palabras con un encogimiento de hombros.

—¿Para quién trabajaba Dick?

—El jefe era Mark Matto.

—¿Y para quién trabajaba Mark? —apremié.

Su rostro reflejó extrañeza, desconcierto.

Al fin respondió con naturalidad:

—Para él, para ellos… Bueno, es una suposición…

—¿Y los demás?

—No he llegado a ver a ninguno más, aunque sé que eran varios. Estaban por debajo de Mark y de Dick.

De aquello parecía asegura.

—¿Dick vivía en Los Ángeles?

—No. Yo tampoco soy de aquí, aunque vivo desde hace bastante tiempo, en el mismo apartamento y todo.

—Eres una buena chica —ironicé.

No se enfadó.

—¿De dónde ha venido Dick?

—No sé… Creo que llegaron de Florida. A veces hablaban de unas morenas cubanas, que conocieron en Miami…

—¿Hablaron de Daytona?

—¡También! Pero yo creí que era una chica —dijo.

—¡Estás lista! —exclamé sin poder contenerme.

Luego decidí y le comuniqué:

—Te quedarás aquí, con estos dos amigos. Y te portarás bien. No intentarás salir ni telefonear a nadie…

—Necesito algo de ropa, no tengo…

—Según parece estás mejor sin ropa que con ella. Si necesitas, ellos te la comprarán mañana… Piensa que está en juego tu vida… La mía… Y también la de ellos.

Creo que había logrado asustarla. Dijo:

—Me portaré bien. Pero ¿podré salir ahí, a hablar con ellos, a reunirme con sus amigos?

No tenía arreglo la pelirroja. Era una inconsciente y la autoricé:

—Puedes salir ahí, charlar con quien sea… Pero ya sabes que por la boca muere el pez… Y obedece las indicaciones de ellos.

Respiró aliviada. Y dijo:

—Puedes irte tranquilo…

—Pienso volver —le dije.

CAPÍTULO VI

Supuse que el teniente Holmes me estaría buscando.

Imaginé asimismo el desconcierto del sabueso con aspecto de intelectual que Holmes me había puesto.

Decidí, tras un somero análisis del estado de cosas, que era hora de dejarme ver y oír.

Como medida de precaución, comencé por lo último.

Y me fui a una cabina telefónica que no se hallaba lejos del lugar en donde Holmes tenía su oficina.

Pregunté por él.

Tal como sucedieron las cosas, aunque no me dijeron nada, tuve la impresión de que él había dado orden de que, si le llamaba, me pusiesen inmediatamente en contacto con él.

Me saludó con afabilidad, correspondí en el mismo tono y antes de que me invitase a ir, me apresuré a decirle:

—¿Le molestaría si fuese a visitarle?

—Me gustaría que viniese. Han sucedido bastantes cosas. Tal vez conozca usted algunas e ignore otras.

Respondí cautamente:

—Estaré ahí dentro de diez minutos.

—De acuerdo.

Me gustan cierta clase de sorpresas y, en lugar de diez minutos yo llamaba con los nudillos a la puerta de la oficina de Holmes cuatro minutos y medio más tarde. Exactamente comprobado por mi buen cronómetro.

Adivinó que era yo y no tuvo más remedio que autorizar mi entrada.

Su oficina no tenía más entrada y salida que aquella puerta. No me extrañó, por tanto, encontrar junto con Holmes al sabueso con

aspecto de intelectual:

Me excusé diciendo:

—Parece que tengo la velocidad metida en los huesos. Y he llegado antes de lo que presumía…

—Un poco de suerte con los semáforos —dijo él.

—Cierto. Todos resultaron favorables…

El sabueso había sabido encajar su derrota. Sonrió con expresión divertida y, tras contar con Holmes, se retiró, dejándonos solos.

—¿Sería mucho abusar si pregunto yo en un principio? —inquirí.

Holmes sonrió cachazudamente.

—En absoluto. Pregunte, le responderé gustoso.

—¿Es posible que el punto por donde se produjo la rotura hubiese sido tratado y comido por medio de ácido? —pregunté.

—Es lo que han dictaminado los técnicos, sin lugar a dudas.

—Pude encontrar un amigo al cual le hicieron una faena semejante en Daytona, no hace mucho tiempo. Él lo descubrió antes de iniciar la carrera, con tiempo para cambiar la pieza. E hizo fracasar a los criminales.

—¿Intentaban matarlo a usted? —preguntó Holmes.

—No intentaban matarme, pero para el logro de sus fines necesitaban detenerme como fuese.

—Usted es un buen piloto, pero no se le considera aún un as del volante. Su bólido es de buena marca, pero no está entre las que triunfan normalmente. ¿Cómo se les ocurrió pensar que usted podía ser el vencedor si no le estropeaban la fiesta?

—En nuestro mundo del volante nos conocemos todos. Se me considera una realidad más que una promesa. A Simpson se le consideraba como un verdadero genio del motor. Y ellos debían saber, o al menos suponer, que el motor de mi bólido había sido reformado y estaba en condiciones de vencer al mejor.

—Cabe en lo posible —admitió—. Pero ¿por qué no apostaron por usted en lugar de apostar por Joel Smith? Tal vez habrían ganado más puesto que Joel es más conocido, su máquina es aparentemente mejor y, por lo mismo, había más gente que apostaba por él que por usted.

—Seguramente ellos iban en busca del premio.

—¿Cree que Joel es de la banda?

—No me atreveré a afirmar tal cosa. Ni a oponerme a ella. Tal vez creían que el vencedor debía ser Elmer Craig…

—¿Craig? ¿Un corredor fracasado? No.

Se mostró rotundo y prosiguió:

—La tarea de Craig era vigilar a cualquiera que se les pudiese escapar para echarlo de la pista. Fue lo que hizo con Fisher, el cual tenía tantas probabilidades como Joel, por clase y por bólido…

—Cabe en lo posible, pero ¿quién se atreverá a acusar a Joel?

—Nadie, cierto. Han ido suprimiendo gente… Está todo bastante embarullado —dijo a la vez que me miraba.

—Parece que sí. He oído hablar de que ha habido una verdadera matanza entre pandilleros, después del asesinato de Craig —dije con normal expresión.

—No creo en un ajuste de cuentas. Parece que pertenecían todos a la misma banda… Y el hecho se ha dado precisamente tomando como centro el apartamento ocupado por una chica…

Suspiró para proseguir:

—Ella ha desaparecido de la circulación. El perfume que usaba es el mismo que pudimos percibir en el apartamento de Simpson.

Holmes trabajaba concienzudamente, era inteligente, aunque no se le pudiese considerar un genio.

—¿Puede haber intervenido alguien más en la pelea? —pregunté.

—Puede que sí. Pero es algo que no me preocupa grandemente. Los cuatro fiambres son pandilleros, las armas causantes de las muertes, las de ellos. ¿Para qué complicar las cosas?

Entendí perfectamente. Sospechaba que yo había andado allí. Y me tranquilizaba.

Sonreí.

—Cierto, ¿para qué complicar las cosas? Bastante las han complicado ellos —dije.

—Los restos de la banda de Mark Matto están a punto de caer. ¿Daremos el asunto por liquidado? Son quienes asesinaron a Simpson, según ha declarado uno, que ha sido atrapado.

La revelación me hubiese resultado sensacional horas antes. Después de la interrupción que habíamos sufrido la pelirroja y yo en el apartamento de Simpson, la había encontrado normal.

—¿Así pues, han atrapado ya alguno con vida?

—Sí, dos… Pudieron escapar otros dos que iban heridos… —concretó.

La policía había sabido trabajar bien. Y con rapidez.

—Le felicito, teniente.

—Gracias. Yo también le felicito. Los asesinos de su amigo Simpson, los que han hecho peligrar su vida y le han quitado un triunfo que ya era suyo, han sido prácticamente vencidos en muy pocas horas. Los que quedan libres son tal vez los menos importantes. Y no tardarán en caer —me anunció Holmes.

Me ofreció un cigarrillo, que acepté gustoso.

Me dio la impresión de que esperaba bastante más de mí. Y no le quise defraudar.

—Hay algo que no comprendo aún, teniente.

—Usted dirá.

—¿Qué pretendían de Simpson? ¿Por qué lo mataron? Ellos habían hecho ya su trabajo en mi bólido, no habían dejado rastro…

—También he pensado en eso más de una vez. Y hay algo más. Apresamos a los detenidos cuando hacían otra incursión al apartamento de Arthur Simpson —me informó.

—¿Los heridos escaparon de allí?

—Sí…

—¿Qué se disputan? —pregunté.

—No disputan nada entre ellos. Los apresados y los heridos son de la misma banda de Mark.

—¿Un segundo en discordia? —pregunté.

—No lo sabemos.

—Verá, teniente. He llegado a forjar una teoría… Aunque ignoro si la podré demostrar alguna vez.

—Veamos —pidió.

—Considero que por una parte la banda de Matto hizo lo de mi bólido para llevarse el premio y la parte que les pudiese corresponder en las apuestas. Con esto no quiero acusar a Joel.

—Entendido. De eso hemos hablado ya.

—Por otra parte, hay alguien interesado por los trabajos de Simpson. Los logros de Simpson no se los voy a presentar como revolucionarios en el orden de la mecánica del automóvil, pero son interesantes, geniales casi.

Le di algunos datos técnicos de lo que Simpson había logrado

con mi bólido y que tan óptimo resultado había dado en la carrera, pese al sabotaje sufrido.

Holmes me escuchó en silencio. Tenía ciertos conocimientos de mecánica que con relación a los automóviles de carreras había aumentado por las conversaciones que escuchaba, en el circuito, los días de carrera.

—¿A quién puede interesar eso? —preguntó cuando hube terminado.

Tamborileó con sus dedos de la mano derecha sobre la mesa.

—Cualquier constructor de automóviles puede estar interesado en los logros de Simpson —respondí.

—Pero un constructor de automóviles podría comprar a Simpson sus patentes.

—Simpson estaba comprometido en principio con el constructor de la marca de mi bólido —respondí.

—¿Sabe si había recibido proposiciones? —preguntó Holmes.

—Me habló de ello en más de una ocasión, pero como era cosa de él no presté demasiada atención.

—¿Usted no tenía parte en esos logros? —preguntó asombrado.

—Le he hecho algunas indicaciones, le he pedido algunas reformas, pero no he ido más allá. Los inventos eran cosa suya, totalmente suya —respondí.

—¿Así pues…? —preguntó, recalcando la faceta que le interesaba como policía.

—A mi juicio hay alguien que está interesado en poseer los inventos de Simpson —respondí.

—Un constructor de automóviles, naturalmente.

—Es lo más probable. La gente de Mark ha cobrado con lo conseguido en las apuestas y con el premio. Han debido creer que ése era su objetivo…

—Así es. Y creo que los dos interrogados, en ese aspecto, han sido bastante sinceros —dijo el policía.

—Con eso han tapado los ojos a los demás, haciendo creer que era su único objetivo —concreté.

—Entiendo. Han lanzado una especie de cortina protectora de humo, para cubrir así el objetivo más importante.

Afirmé con un movimiento de cabeza y proseguí:

—Exactamente. Nos cebamos con estos desgraciados y nadie

piensa en los de arriba. A excepción de Matto, que también habría cobrado por este segundo trabajo —concluí.

Tras otro silencio, preguntó:

—¿A quién le puede interesar?

—A bastantes. Pero yo me formularía la pregunta de otra manera.

—Veamos —pidió.

—¿Cuál de ellos es capaz de ligarse a unos gangsters, de llegar al crimen, por conocer algo que con buenos técnicos y un trabajo adecuado, se puede lograr también en más o menos tiempo?

—¡Justo! —exclamó—. Ésa es la pregunta. ¿Tiene alguna respuesta?

—No. La buscaré…

—¿Cómo?

—No lo sé aún, pero buscaré…

—Buscaremos… ¿Tiene alguna idea ya? —preguntó.

—Aún no… Ustedes tienen una organización poderosa, hombres, tiempo, medios…

—Así es —admitió.

—Si Matto era el jefe de la banda, intenten reconstruir cuáles han sido sus pasos desde antes de llegar a nuestra ciudad —dije.

Yo sabía que no le había descubierto un nuevo océano. Y respondió:

—Es una de las cosas que solemos hacer en estos casos.

—Vigilen también a Joel Smith, reconstruyan asimismo sus movimientos desde que corrió la última vez en Daytona.

Citó Holmes la marca del bólido tripulado por Smith y preguntó:

—¿Cree que esa casa constructora es capaz de algo como lo sucedido, con tal de apoderarse de las patentes de Simpson?

—No he pensado en tal cosa. Pero la actuación de Smith en Daytona no fue muy brillante… Él le echó la culpa a su bólido. ¿Le extrañaría que estuviese en tratos con otro constructor? —pregunté.

En aquella ocasión sorprendí al policía, el cual confesó noblemente:

—No había pensado en tal posibilidad… Y es digna de ser tenida en cuenta.

Me sentí satisfecho. La entrevista estaba dando unas posibilidades, dentro de una densa oscuridad producto de la nube

de humo con que habían intentado cegarnos.

Era muy poco lo conseguido, pero era algo.

Ellos lo tendrían en cuenta. Sin embargo, me atreví a recomendar:

—Cuidado con Smith. Él ahora se mostrará cauto, pensando en que es sospechoso para nosotros.

—¿Temerá que podamos encontrar el verdadero motivo del asesinato de Simpson? —preguntó Holmes.

—Usted debe saber más que yo de eso, teniente. Pienso que quien ha hecho un daño, teme verse descubierto en el momento menos pensado…

Nos despedimos.

CAPÍTULO VII

Al día siguiente por la mañana, Holmes y yo cambiamos impresiones en el entierro de Simpson.

No había nada nuevo. Ellos habían puesto en funcionamiento su poderosa máquina de investigación y había que esperar.

Simpson no tenía familia y me correspondió hacer lo que le hubiese correspondido a un padre o un hermano.

Y al fin me quedé solo.

Confieso que experimenté una profunda sensación de vacío, como no había sentido en mucho tiempo.

No podía estar satisfecho. Arthur había sido enterrado. Y los verdaderos asesinos, los que habían pagado a los pandilleros, posiblemente estarían frotándose las manos, henchidos de satisfacción.

Todo les habría salido bien, según pensarían ellos.

La sensación de soledad, el recuerdo de lo sucedido el día anterior, me llevó a pensar en Atina Lyston, la rabia que me había abordado el día anterior, cuando me disponía a salir del circuito en donde se habían celebrado las carreras.

Un náufrago es capaz de asirse a un clavo ardiendo. Y yo era eso, una especie de náufrago, en aquel momento.

Por otra parte, Anna Lyston no era precisamente un clavo ardiendo, sino algo bastante más agradable y positivo.

La sensacional rubia me había gustado, aunque apenas si había tenido tiempo de pensar en ella desde que nos habíamos separado, su imagen permanecía viva en mí.

Ella me había dicho que se levantaba tarde y que solía estar en casa el resto de la mañana, a menos que decidiese salir de compras.

Probé, a ver si tenía suerte.

La tuve. Ella estaba en casa.

Y recibí la impresión de que mi llamada era recibida con alegría, con interés.

Había leído la Prensa, conocía la versión oficial de lo sucedido y aceptó encantada cuando la invité a que almorzáramos juntos.

El día era excelente, sobraba tiempo, era natural que ella eligiese el lugar del almuerzo.

Y se decidió por un restaurante en Long Beach.

—Si no te da miedo el mar, llévate algo para zambullirte —me pidió.

—Encantado por mi parte. No olvides tus trapitos, encanto —osé decir.

Rió alegremente. Ella era una intuitiva y comprendía que yo necesitaba alegría y comprensión.

—¿Qué sucede si me olvidase los trapitos? —preguntó con picardía.

—Por mí, nada. Me sentiría encantado.

—De acuerdo, muchacho, pero no hay comprensión y serían capaces de multarme…

—Es posible. En lugar de premiarte… No hay la debida comprensión para ciertas obras de arte —dije.

Volvió a reír, cambiamos unas pocas palabras más… Y me dispuse a comprarme un «*slip*» de baño. Por lo que pudiese tronar, no me convenía dejarme ver por mi apartamento.

No quiero que se les pongan los dientes largos si describo a mi rubia entrando en el mar con su escueto dos piezas.

Así es que imaginen algo sensacional, graciosamente sensacional, es la expresión más justa.

Si una mujer así le pidiese a uno que se tirase de lo alto de un rascacielos, lo inmediato sería irse a vivir a una aldea constituida por simples chozas. De lo contrario…

Lo cierto es que me olvidé de todo, no solamente durante la zambullida y los correteos por la playa, sino durante el almuerzo.

Hasta que llegó la hora de los cigarrillos y el café.

El humo de los cigarrillos me recordó la nube de humo con que habían intentado cegarnos los asesinos.

Y fue entonces cuando surgió la pregunta que, como principio, me importaba hacer.

—¿Qué te movió a apostar por mi bólido, Anna?

—¿Por qué te sorprende?

—Es de una marca que no está clasificada entre las primeras. Y como piloto solamente soy una promesa. Y a pesar de ser de Los Ángeles, se me conoce más en la costa Atlántica y en el centro, que aquí.

Ella dijo seriamente:

—Necesitaba dinero. Y alguien me dijo que apostase por ti, que serías el vencedor. Al menos eras el que contaba con más posibilidades de todos los que tomabais parte en la carrera.

—¿Qué te dijo después esa persona? Porque forzosamente se interesaría por tu suerte al conocer mi fracaso. Hasta se sentiría un poco responsable.

—No pude hablar con ella —me respondió Anna.

—¿Te eludió…? —inquirí a mi vez.

—Me dijeron que no se podía poner al teléfono porque estaba enferma.

—Pero tú no has creído que lo estuviese.

—No —respondió con expresión rotunda.

—¿Tienes inconveniente en decirme quién es esa persona?

—No tengo ningún inconveniente. He podido darme cuenta de que eres un hombre discreto, un hombre de verdad…

—Gracias —dije sonriendo e inclinándome ligeramente en plan humorístico.

—Es cierto lo que digo. Yo no te conocía y cuando me enteré de que habías abandonado la carrera por avería, creí que era una de tantas trampas de las que se producen en estas cosas, pero tan pronto hablé contigo me di cuenta de que eras de mucha mejor pasta que todo eso.

Volví a darle las gracias. Y le acaricié una mano. Ella se dejó acariciar y me miró a los ojos.

Sonrió y dijo a continuación:

—Bueno, sé que mi respuesta te interesa mucho. Pero también he podido apreciar que no solamente has venido a mi lado por eso.

—Puedes asegurarlo. Tu mismo impulso agresivo contra mí me dio a entender que eres una mujer de verdad. Una de esas mujeres con las que uno se puede embarcar para toda la vida…

—Eso está bien —me interrumpió jovialmente—. No me habían

dicho nunca nada semejante, aunque parezca imposible.

Sonreí y proseguí con expresión golosa:

—En cuanto a tu físico, se recomienda por sí solo.

Rió alegremente y yo proseguí:

—Sobre todo con ese escueto dos piezas que has lucido antes…

Volvió a reír por mi manera de decir la frase y luego observó, con gran sentido del humor:

—Aún puedes ver cosas peores.

Me enseñó la punta de la lengua, se sonrojó ligeramente, carraspeó y se puso repentinamente seria.

—Vamos a lo que parece preocuparte. Me aconsejó que apostase a tu favor una buena amiga. Se llama Catherine Loos. Ése es su nombre de soltera. Está casada con Patrick Midway, constructor de automóviles… ¿Comprendes ahora?

Cuidé de no reflejar la emoción que sentí.

—Comprendo. Ella será una buena aficionada, tal vez me conozca…

—No es buena aficionada y te ha visto correr un par de veces. Me dijo que eras audaz y seguro…

—Hay muchos pilotos audaces y seguros.

—De acuerdo. Pero ella había sorprendido una conversación telefónica de su marido… Más que de ti, se hablaba de unas innovaciones aplicadas a tu bólido, unas innovaciones las cuales ignoraban, pero tenían el convencimiento de que te darían el triunfo…

—¿Te dijo la señora Midway si su marido estaba interesado en esas innovaciones, para aplicarlas a sus prototipos?

—No me lo dijo así, pero lo dio a entender.

¿No era estupendo? En la oscuridad yo me había asido a un débil hilo que se podía quebrar.

Y resultaba que el hilo era algo sólido, fuerte y bien sujeto. Al menos, era ésa la primera impresión.

Anna me miró con expresión interrogante.

Comprendí que le interesaba saber si su respuesta me había servido.

Y consideré que le debía lealtad.

—Simpson ha sido asesinado a causa de esas innovaciones aplicadas a mi bólido. Él las había comprometido con un

constructor de automóviles y alguien, que se habrá sentido fracasado al no lograrlas, ha recorrido el tortuoso camino del crimen para llegar a poseerlas.

Anna me miró asustada.

Sonreí y aproveché para volver a acariciar su mano.

—Tranquilízate. Eso no quiere decir que sea el marido de tu amiga.

—No quiere decir que sea el marido de Cat… Pero puede ser.

Yo lo conocía superficialmente, no había pensado en él. Y pregunté a Anna:

—¿Cómo es él?

—Lo conozco muy poco. No me es simpático, ni lo creo bueno. Tengo la impresión de que Cat no es feliz a su lado.

—Eso no quiere decir nada…

—O quiere decir bastante —replicó ella con viveza—. Cat no se casó por el dinero, se casó realmente enamorada. Y temo que no ha encontrado ni amor, ni dinero.

—¿La situación económica de Midway no es buena? —pregunté.

—El en los primeros tiempos de su matrimonio era bastante generoso con ella y ahora se queja siempre…

Tras una corta pausa, me preguntó:

—¿Por qué crees que aposté? Si ella hubiese tenido dinero me lo habría dado, me lo habría prestado.

—¿Crees que fue ella la que no quiso hablar contigo tras mi derrota? —pregunté.

—Ella es incapaz de una cosa así. Es más, si hubiese podido, habría sido Cat la que me hubiese llamado…

Mi rostro acusó un gesto de preocupación.

Anna prosiguió:

—Cat, después del fracaso se habrá sentido culpable de mi pérdida. Y sería capaz de vender alguna de sus escasas joyas para compensarme.

Era un buen retrato de Cat Midway, Loos de soltera.

Y no estaban mal los rasgos que Anna había dibujado del constructor de automóviles.

—Así pues, ha intervenido él para evitar que su mujer se ponga en contacto contigo —dije.

—Exactamente.

Aquello podía tener más significación de la que se podía apreciar a simple vista.

Mi rubia era magnífica. Pareció adivinar mi pensamiento, porque dijo:

—¿Sabes lo que voy a hacer?

Sin aguardar respuesta, prosiguió:

—Iré a ver a Cat. Y lo haré ahora mismo… Quiero decir, cuando regresemos… ¿Tienes inconveniente en llevarme?

—Te llevaré con mucho gusto.

Pregunté seguidamente:

—¿Tienes idea de que arriesgas incluso la vida, si Midway fuese el autor de la maniobra contra Simpson?

—Sí, tengo esa idea. No me preocupan los riesgos…

—Eres una chica magnífica. Cuando digas te llevaré.

Y te esperaré.

—De acuerdo. Te lo agradeceré, porque me he quedado sin coche.

Dijo en tono más bajo:

—Estoy pasando una mala racha. No, por favor, no me ofrezcas nada. Tengo suficiente para ir tirando en espera de un momento mejor.

—Podemos casarnos. Dependerías económicamente de mí. No soy rico, pero gano lo suficiente para que podamos vivir con comodidad…

—No quiero sacrificarte hasta que no estés convencido de que me necesitas a tu lado…

—Estoy convencido —dije.

—Convéncete más.

—¿Trabajas? —pregunté.

—Hago alguna chapuza. Por eso voy tirando…

—¿Qué vas tirando? ¿Tu precioso hígado? Debes tenerlo muy bonito.

Volvió a reír y dijo:

—Intervengo en publicidad para televisión.

—¿Como actriz? —pregunté.

—Bien. Pongamos que como actriz.

—¿Piensas en el cine?

—He trabajado en el cine. Pero estoy sufriendo las

consecuencias del sucio «enamoramiento» de un productor…

—Dime quién es y le romperé la nariz…

—Estoy preparándome para ser yo misma quien se la estropee. De paso lograré algún contrato. ¿Te imaginas a una mujer pegando mejor que James Bond? —preguntó.

Reí ante la idea.

—Sin embargo, será así. Soy capaz de derribar a un hombre de tu peso con un solo golpe.

Dio un golpe en el aire y no tuve más remedio que creerla.

—Como podrás apreciar, no es broma.

—No es broma y me alegro. Serás capaz de defenderte —dije convencido.

—Eso enfría tu idea del matrimonio conmigo.

—En absoluto. Me sentiré más protegido —bromeé.

La sentí desconcertada y le dije, seriamente ya:

—No solamente conozco el «judo», tal como se practica deportivamente, sino que domino bastante bien el «jiujitsu», padre del «judo», mucho más completo y peligroso…

—Sé bien lo que es el «jiujitsu» —respondió la rubia—. Te confieso que sería capaz de matar a un hombre, peleando.

Le mostré mis manos, que se adivinaban bien trabajadas para lograr su máxima efectividad en la peligrosa lucha que le había mencionado.

Las examinó como persona entendida en la materia y admitió:

—Estoy segura de que sabes bien lo que es el «jiujitsu». No necesitarás mi protección.

—Las armas de fuego son más efectivas… Y tus ojos son casi armas de fuego —dije.

Volvió a reír alegremente y faltó poco para que me besara. Mi rubia tenía temperamento. Tal como me gustaba y lo demostró inmediatamente cuando me pidió:

—Vamos. Estoy impaciente por ver a Cathy.

Poco después emprendíamos el regreso. Y detuve mi automóvil, a petición de Anna, a unas cien yardas de la residencia de los Midway. Era en plena zona residencial, cerca de Beverly Hills.

—¿Me vas a aguardar? —preguntó inclinándose y rozando una de mis mejillas con sus labios.

—Eso ni se pregunta. Espero que no suceda nada anormal. Si

sucede puedes decir que alguien te espera. Y que ese alguien no se distingue por su paciencia.

—Lo tendré en cuenta —respondió.

Sonrió con expresión cautivadora y se alejó.

Daba gusto verla desplazarse, con su gracioso contoneo, su incitante juego de caderas, natural, armonioso.

Aquello era un verdadero espectáculo no apto para cardíacos.

Desapareció de mi vista al rebasar la verja de hierro que cerraba el pequeño jardín de la residencia de los Midway.

Yo ignoraba en aquel momento cuál era la verdadera situación económica del constructor de automóviles, pero solamente el mantenimiento de la residencia le tenía que costar un buen puñado de dólares al año.

No hube de aguardar mucho para ver regresar a Anna.

Ni siquiera tuve tiempo de pensar en cómo debería encauzar la investigación en torno a Midway.

Solamente entonces descubrí a dos individuos que, situados estratégicamente, vigilaban la residencia de Midway, a los que entraban, a los que salían y a los que, como yo, se habían quedado a la vista de la misma.

Estoy seguro de que ellos habían visto que yo había conducido hasta allí a la rubia y la había esperado.

Posiblemente en aquel momento tendrían, no solamente fotografías de ella, sino mías y de mi coche.

CAPÍTULO VIII

No me equivoqué. Uno de los individuos, considerando que yo me ocupaba de Anna, le hizo una fotografía con bastante disimulo.

Al verla acercarse puse el motor del automóvil en marcha y salí a su encuentro.

Su expresión era, más que de contrariedad, de alarma. Detuve el auto cuando nos encontramos.

—Sube —dije, abriendo la portezuela correspondiente.

—¿Por qué te has molestado?

—Es un verdadero placer —le respondí sonriente, como si todo fuese saliendo a las mil maravillas.

Luego proseguí:

—¿Has visto a dos individuos que parecen querer controlar a los que entran o salen de casa de los Midway?

—He visto un individuo que me miraba con curiosidad un poco rara. Ha faltado poco para que le dijese algo gordo.

—Ha estado mejor así… Yo me voy a encargar del que está a la derecha. No mires…

—¿Qué sucede? —preguntó más alarmada aún.

—Ahora lo verás.

Había lanzado mi automóvil de golpe. Y lo frené en seco cuando llegó ante el individuo de la máquina fotográfica.

Yo no había dejado de sonreír un solo momento.

Salté por encima de la portezuela, sin necesidad de abrir y me desplacé rápido de cara al individuo, que quedó inmóvil por la sorpresa que le produjo mi manera de actuar.

No le di tiempo a organizar un movimiento de resistencia. Le arrebaté la máquina de tomar fotografías, la abrí en un momento y saqué el carrete que estaba impresionando.

Lo hice sin perderlo de vista a él, que me miró como quien contempla a un loco.

El carrete se debía haber velado y lo arrojé al suelo, dándole un puntapié.

Y seguidamente lancé la máquina por el aire, a las manos del sorprendido individuo.

—Otra vez fotografíe a los simios del parque. O se coloca ante un espejo y se fotografía a sí mismo.

Tartamudeó:

—Oiga, míster…

El otro individuo cruzaba en aquel momento la avenida para reunirse con su compinche. No había desenfundado aún arma alguna, pero podía hacerlo de un momento a otro puesto que los dos iban armados.

Dediqué al de la cámara fotográfica un doloroso golpe de «jiujitsu» aplicándole la palma de mi mano derecha contra su nariz.

Primero cayó sentado, para rodar luego inconsciente, sangrando abundantemente.

Su compinche había apresurado el paso, rebasando mi automóvil por detrás.

Se dispuso a atacar adelantando dos pasos más, al tiempo que desenfundaba su pistola.

Llegó un poco tarde. Me había vuelto a hacerle frente y atraque intentó saltar hacia atrás para conservar distancias, falló, pues tropezó con el automóvil.

Se arqueó, no obstante, a la vez que lograba airear la pistola.

Me agachó ligeramente y le apliqué un seco golpe con la punta de los dedos por encima de la cavidad intestinal, ligeramente por debajo del estómago.

Se estremeció como si lo hubiese sacudido una corriente eléctrica y la pistola le saltó de la mano.

Había extraviado la mirada, poniendo luego los ojos en blanco y cayó fulminado, todo con una rapidez que casi resultaba risible por lo que tenía de cómica.

Anna rió alegremente y comentó mientras yo volvía a ocupar mi sitio tras el volante:

—Me parecía estar viendo una película de los primeros tiempos del cine.

Luego, extrañada, inquirió:

—¿No los interrogas?

—No creo que sepan gran cosa. No puedo interrogarlos aquí. Y si los lleváramos con nosotros podríamos ser acusados de secuestro. Algo que les gustaría poder hacer a nuestros enemigos.

Hice arrancar el coche.

—No te he visto un solo instante en peligro —dijo ella admirada.

—Es gente de reacciones tardas, fácil de vencer. Pero no todos serán así. Estos dos parecían pugilistas sonados…

—No me extrañaría…

—¿Qué ha sucedido ahí dentro? —preguntó designando con el gesto la mansión de los Midway.

—Ella no está en casa. Al menos es lo que me ha dicho el mayordomo que me ha abierto la puerta…

—¿En dónde está? —pregunté.

—Lo ignora. Dice que sufrió un ataque y que la llevaron a la clínica. Pero no sabe a cuál…

—Y ni siquiera sabe de qué era el ataque.

—No creo en tal ataque —me respondió Anna.

Yo tampoco creía en el ataque. Pensé que habían retirado a la señora Midway de la circulación, tal vez porque sabía algo de lo sucedido.

Se lo dije así a mi rubia. Ella estuvo de acuerdo conmigo. Y pidió:

—Hemos de hacer algo por ella.

—No dudes que lo haremos. Y no solamente por lo que me pueda interesar para llevar adelante mi asunto.

Me miró como solamente ella sabía hacerlo.

Yo correspondí pasándole mi brazo libre por la cintura y atrayéndola hasta sentirla muy cerca de mí.

Aquello era un verdadero premio y casi me alegré de haber perdido el día anterior la carrera. De no haberla perdido, seguramente no la habría conocido.

—¿Qué tal la salud de tu amiga Cathy? —pregunté—. Excelente.

—¿Edad? —pregunté.

—Un par de años más que yo. Y yo tengo la edad que represento —dijo con picardía.

—Casi una niña… ¿Temperamento? Me refiero al de tu amiga Cathy, no al tuyo —aclaré.

—Del mío ya sabes algo, ¿no es así? —preguntó, maliciosa.

Sin aguardar respuesta, prosiguió:

—Es normal. Sensibilidad femenina sin excesos, equilibrio nervioso, sensatez y buena educación.

—Magnífico retrato. Y el señor Midway no ha sido capaz de hacerla feliz.

—No. Ni siquiera le ha dado hijos, que tanto desea ella. Espero que terminará por divorciarse.

—¿Aficionada a las bebidas alcohólicas? —pregunté.

—No. Yo misma bebo más que ella. Y habrás podido observar que no me excedo a pesar de que hoy he abusado para lo que es corriente en mí.

—Magnífico…

—Ella bebe algo en las comidas. Siente preferencia por el champaña y demás buenos vinos californianos…

—Nada de drogas… —quise concretar.

—Nada, te lo puedo asegurar.

—¿Padece jaquecas? —pregunté.

—No es corriente. Cuando padece alguna, suele ser porque se ha cansado en exceso, ha trasnochado… Le gusta mucho el cine, le gusta bailar, el teatro… Y tan pronto duerme, se termina la jaqueca, sin necesidad de calmantes.

—Es todo lo que deseaba saber en ese sentido.

—¿Por qué?

—Están de moda las enfermedades nerviosas, si caben modas en las enfermedades —dije un tanto festivamente.

—Comprendo. Y no resulta sorprendente recluir a una persona en una clínica y, poniendo como pretexto una enfermedad de esa clase, no permitir que nadie la vea.

—Exactamente.

—Pat Midway no podrá alegar una enfermedad de esa clase. Como no alegue una apendicitis… —dijo Anna—. Y con un operado de apendicitis se puede charlar perfectamente a las veinticuatro horas de realizada la operación.

Nos habíamos alejado de la residencia de los Midway como cosa de una milla.

Se me había ocurrido una idea y se lo dije así a Anna.

—He de volver a casa de Cathy, pero en esta ocasión seré yo quien vaya.

—¿Has pensado en esos dos individuos?

—Sí. No me preocupan…

—Pero ellos conocen tu coche —observó.

—Te quedarás tú aquí, en el coche. Y yo tomaré un taxi para ir y venir. Será una visita breve.

—Tú sabrás lo que haces —respondió.

Detuve el automóvil y dejé a Anna instalada a la barra de un bar, ante un café.

Y yo salí al encuentro de un taxi, el cual me dejaba a la puerta de la residencia de los Midway muy pocos minutos después.

Los dos pandilleros que habían sido puestos fuera de combate por mí, habían desaparecido.

Habrían ido en busca de relevo para quedarse ellos en el taller de reparaciones. Uno necesitaría más que otro de tal taller.

Llamé a la puerta de la mansión y me abrió el mayordomo.

—Perdone amigo —dije llanamente adaptándome al papel que me había asignado—. Thomas Rooney, agente de seguros. ¿Quiere anunciarme a la señora Midway? Ella me citó para hoy a esta hora. Me estará aguardando.

—La señora Midway no está —me respondió tiesamente el individuo, inclinándose ligeramente.

Había en él algo que no me gustó. Y le habría escupido a gusto en la calva.

—Si usted lo dice, le creeré. Pero me extraña en una señora formal, correcta, educada, como la señora Midway.

Hablé con tal aplomo que lo desconcerté.

—Vuelva usted otro día, pero tarde en volver. Será mejor que telefonee antes.

—¡Eso es absurdo! Se trata de un seguro concertado ya. Debe firmar la póliza por triplicado. Una se la debe quedar ella y dos me las debo llevar yo, firmadas ya. Inmediatamente que las entregue, el seguro comenzará a surtir efecto.

—Lo siento. La señora está enferma…

—Bien. Puede entrar y decírselo. Tal vez quiera firmarlas a pesar de todo…

—No puede firmar. Ni siquiera está en casa, está en una clínica.

—¿En una clínica? ¡Absurdo! Precisamente para hacer el seguro ha sufrido un completo reconocimiento médico. Y ella estaba perfectamente…

Lo miré con ánimo de intrigarlo. Y dije a continuación:

—No me vaya a decir que la señora Midway ha sufrido un ataque de apendicitis.

—No tengo por qué decirle nada.

Se estiró mucho para decirlo, a pesar de lo cual apenas si me llegaba a la altura de la barbilla.

—Tiene obligación de servir a su señora, ¿no? Le paga para eso. Y lo que traigo es en servicio de ella. Veamos, dígame a qué clínica ha sido conducida.

—No estoy autorizado para decir nada.

—¿A qué hora y en dónde puedo ver al señor Midway? Esto debe quedar resuelto hoy mismo.

—Está ausente.

—¿También en una clínica? —pregunté con sorna.

—¡Está dentro de su piel! ¡En donde le place! —chilló, comenzando a descomponerse.

—No chille, por favor. Le estoy tratando con más educación de la que, al parecer, merece usted.

Mi expresión comenzaba a resultar amenazadora.

El comprendió y, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dijo en tono casi normal:

—Lo siento, pero no puedo darle solución ninguna.

—¿Sabe que la señora Midway pagó ya su póliza y que si no firma no podrá disfrutar de sus beneficios? —pregunté.

—Si el señor Midway telefonease, se lo diría. Y ya resolvería él.

—Haga el favor de comunicarle que es la señora Midway quien debe firmar, personalmente —subrayé—. Aunque esté enferma puede firmar. Estoy seguro de que no es nada grave.

Saludé y me despedí.

El taxi me aguardaba fuera.

Y de los dos pandilleros dejados por mí, fuera de combate, uno de ellos se había reincorporado a su sitio.

Era al que había golpeado con la punta de los dedos. Un golpe que dejaba fuera de combate, pero del que se podía reponer uno

con bastante más facilidad que con el recibido por su compinche.

Me miró con expresión que reflejaba asombro. Y comenzó a extraviar la mirada.

Me dirigí a él para decirle:

—No se te ocurra desenfundar la pistola porque te la haré tragar. Antes has tenido mucha suerte. Y si no te vuelvo a ver espiando, será mucho mejor para ti. Los aires de California se os pueden poner mal, envenenados completamente.

Pestañeó.

Y dije:

—Lárgate, sin volver la vista atrás. Antes de que pierda la paciencia.

Aunque parezca imposible, el individuo obedeció sin pestañear, recordando seguramente lo convincente de mis argumentos si me lanzaba por el camino de la violencia.

El chofer del taxi debió recoger retazos de mis palabras, porque me miró asombrado, pensando en que tal vez era un policía.

No di explicaciones, dando orden de regresar al punto de partida. Una vez allí, al despedirlo, le di una generosa propina.

El dinero hace a la gente discreta o charlatana, según convenga al que lo da.

El chofer me miró con simpatía y admiración al recibir la propina. El sería discreto.

Cuando se despidió de mí, dijo:

—Gracias, señor Donlevy. He tenido mucho gusto en llevarlo en mi coche. Seré discreto, no se preocupe.

Me había tocado el tumo de la sorpresa. Y me eché a reír jovialmente.

Anna, que me aguardaba con cierta impaciencia, se reunió conmigo.

—¿Cómo ha ido todo?

—He puesto en un aprieto al mayordomo, pero se ha mantenido firme. Por otra parte, parece que Patrick Midway tampoco quiere dejarse ver.

—No me extraña. No creo que esté jugando limpio —dijo mi rubia en respuesta.

Luego le hice un breve relato de mi encuentro con uno de los dos espías.

Rió a gusto, hasta casi saltársele las lágrimas.

Luego me preguntó:

—¿Acierto si piensas que te sientes un poco fracasado?

—Sí. No esperaba mucho de mi visita. Pero aguardaba, como poco, poder entrevistarme con Midway.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Me sorprende bastante el hecho de que la residencia de los Midway esté vigilada por esos pandilleros. Pienso si no estarán actuando por cuenta de alguien que no sea Midway precisamente.

—¿Habías pensado que era gente puesta por él para controlar a los que entrasen y saliesen de su casa?

—Llegué a pensar así. Pero comienzo a desechar tal idea.

La nube de humo continuaba envolviéndonos, aunque no fuese tan densa como al principio.

CAPÍTULO IX

Errol Morgan había sido un buen detective privado, honesto, fiel para sus clientes y que había recibido más golpes que billetes de los que alegran la vista del que los recibe.

Inteligente aparte de valeroso, mientras actuaba, iba formando un concienzudo archivo, del cual era celos® organizadora y conservadora su linda secretaria.

Pero cuando ya había recibido más de lo aconsejable, había transformado su oficina de investigación, como la había llamado, en oficina de información.

Con ello ganaba más dinero, trabajaba menos y vivía más tranquilo.

Pero seguía siendo leal con sus clientes.

Teníamos buena amistad, aunque él, un apasionado del volante, era mayor que yo. Había apostado frecuentemente a mi favor y había ganado.

Nos recibió sonriendo. Porque fui a verle acompañado de mi rubia, la cual parecía sentirse segura a su lado.

—Por primera vez perdí al apostar a tu favor. Sí, sé bien que han existido unas irregularidades —dijo, sin querer comprometer palabras más graves y justas.

—Bastante irregularidades. Y ya que has perdido por una parte, quiero darte a ganar por otra.

Sonrió sabiendo que iba en busca de informes. Significaba que no pensaba cobrarme.

No me preocupaba. Le haría un buen regalo cuando se casase. Porque era algo irremediable su matrimonio. Bastaba ver a la secretaria y cómo la miraba él.

Tras las presentaciones de rigor nos hizo entrar.

—¿Qué deseas?

—Informes sobre un constructor de automóviles: Patrick Midway —dije.

Sonrió. Dio la impresión de que me había estado esperando. Dio órdenes a su secretaria y futura esposa para que diese el informe por escrito.

Y dijo de viva voz:

—Aparte pequeños fracasos cosechados en su industria, gastó últimamente más de lo que debía, colocándole al borde de la ruina. En el informe escrito figurarán los detalles, por si te interesan.

—Pueden interesar —dije—. ¿Así pues, está arruinado?

—No. Ha encontrado un socio que ha comprado la mitad del negocio, por una parte, e invierte dinero para su ampliación, por otra.

—¿Así pues, sin nadar en la abundancia, se puede decir que Midway se ha rehecho?

—Sí.

—¿Quién es su nuevo socio?

—John Salton. Procede de Indiana. Es muy rico… Y comienza a ser bastante conocido en el mundillo del volante, en el que ha trabajado oscuramente bastante tiempo. Hasta que ha logrado enriquecerse.

Todo aquello resultaba interesante y sorprendente a la vez.

—¿Un informe sobre el tal Salton? —pedí.

—Lo tendrás también. Sus principios no fueron demasiado limpios. Sin embargo, parece que luego transformó radicalmente su forma de actuar.

Sonrió con burlona ironía y dijo:

—Parece que hasta hizo sus pinitos políticos y todo.

—Y sus nuevos amigos lograrían que los antecedentes poco honorables que pudiesen existir, desapareciesen —dije.

—Acertaste —me respondió.

—¿Así pues, es John Salton quien manda ahora en el negocio de construcción de automóviles? —pregunté.

—Es él quien mandará, no hay duda. Por varias razones…

Hizo una pausa y prosiguió:

—Primero, la económica. Una vez hecha totalmente la inversión, será dueño de dos tercios del negocio.

—¿Cómo se ha dejado atrapar Midway de esa manera? —pregunté.

—Lo ignoro. Señalo hechos. Se deja la puerta abierta a una ampliación de capital. Entonces se convertiría en Sociedad Anónima. En tal caso es de esperar que Salton y sus amigos sean quienes adquieran las acciones correspondientes a la ampliación de capital.

—Y cabe que Midway vendiese las suyas —planteé.

—No sé. Es algo que está por ver. Tal como están las cosas Salton jugará con el capital de Midway. Y no va a permitir que se retire…

—¿Qué le puede importar a él? Aunque se retire Midway si vende sus acciones, Salton dispondrá siempre del capital que significan las mismas.

—Salton tiene una mentalidad un poco retorcida. Y Midway tiene un historial lo bastante limpio como para poder servir de pantalla.

—Lo cual quiere significar que Salton piensa jugar sucio.

—Dejo a cada cual que interprete las cosas a su mañera. Lo mío es informar —respondió Morgan cautamente.

Me hizo reír.

El prosiguió:

—Si Midway vendiese sus acciones, a pesar de todo, tendría que venderlas por menos de la mitad de su valor nominal. Salton se encargaría de ello.

Los informes logrados me servían de mucho. Y me alegré de haber ido a ver al ex detective privado antes de conversar con el teniente Holmes.

Se imponía una entrevista con el policía.

—Eres un aficionado al volante, Errol —dije.

—Eso no es ningún secreto.

Dio la impresión de sentirse desconcertado.

—¿Qué puedes decir de Joel Smith, el vencedor de la prueba?

—No tengo nada bueno que decir de él, particularmente, como persona. Al volante no va mal, pero no es una superclase.

—Estamos de acuerdo.

Chriss Lowell, la atractiva secretaria y prometida de Morgan, se fue acercando a nosotros, con los informes confeccionados.

Se contoneaba graciosamente al andar. Se desprendía de ella un hálito de seducción que obligaba a fijarse en ella.

Encandilaba graciosamente un ojo y eso, en lugar de afearle, le daba más gracia y personalidad.

Su voz era pastosa, grave, con modulaciones que deberían producir escalofríos en las escenas de amor.

No sé por qué pensé en todo aquello.

Una vez logrado mi objetivo, tras cambiar impresiones y recomendarme que tuviese cuidado, con un sentido paternal, nos despedimos.

De nuevo en el auto, dijo Anna:

—Esa chica tiene una extraordinaria personalidad. Y es atractiva. No te dejaría mucho tiempo cerca de ella.

—Es atractiva. Pero no pierdo la cabeza fácilmente. Para mí el amor no es una sensación superficial.

—Mejor para ti… Bien, de esta entrevista parece que has sacado más de lo que esperabas.

—Bastante más. Y compensa lo que dejé de sacar en la otra.

Aprobó mi rubia con un movimiento de cabeza. Y dijo:

—De acuerdo. Sin embargo, de no haber celebrado aquélla, no habrías venido a la oficina de tu amigo.

—Lo mejor de todo sucedió ayer. Y fue que se te ocurriera abordarme, rubia.

La volví a enlazar por la cintura y ella no opuso resistencia alguna.

Luego vino la entrevista con Holmes.

Fue breve. La máquina policial trabajaba con más lentitud que yo.

Le hablé de Midway y de su nuevo socio John Salton.

—¿Por qué ha pensado en ello? —preguntó.

—Alguien apostó a mi favor porque oyó parte de una conversación sostenida por Pat Midway. Luego una noticia ha traído otra, los hechos se han ido encadenando.

—¿No tiene nada más que decirme?

—Los informes sobre Midway o sobre Salton, que le puedan servir, está usted en mejores condiciones que yo, de lograrlos. Y es mejor que se reciban por conductos diferentes y que se cotejen luego si es necesario.

—De acuerdo.

—Fíjese en una cosa. La mayor parte de los pandilleros que han actuado, proceden de Indianápolis y Chicago…

—Así es.

—Salton también procede de allá…

La expresión de Holmes se oscureció.

—Y esta tarde, espiando la residencia de los Midway, se hallaban dos pandilleros. Posiblemente pertenecen al mismo grupo.

—Así pues, fue usted quien les golpeó.

—Sí. Nos fotografiaron a mi prometida y a mí. No me pareció ni medio bien y como opusieron cierta resistencia a que velara el carrete… Bien ya sabe usted lo que sucede.

—Tenga cuidado cuando golpee, Donlevy. Ha faltado poco para que matara usted a uno de ellos…

Hice un gesto que expresaba mi sentimiento. Y me excusé:

—No quise golpear fuerte, pero él se me vino encima.

—¿Cómo diablos golpeó?

—Usted conoce ya el «jiujitsu». Golpeé con la palma de la mano para no hacerle demasiado daño.

Miró interesado mis manos y me recomendó:

—Prefiero que golpee con los puños.

—Está bien, teniente. Uno de ellos pretendió utilizar la pistola, pero a mí me molesta el ruido de los disparos.

Rió alegremente, mostrándose comprensivo.

Luego recomendó:

—A pesar de ello, tenga cuidado. Se habla fácilmente de los abusos de la policía. Nadie dice que los gangsters tiran con bala…

—Yo no soy policía —opuse.

—Pero alguien gritará que yo le protejo.

—De acuerdo. Tendré cuidado… Y golpearé con el puño, sobre todo a los que griten… Y entonces gritará con cierta razón.

Se echó a reír jovialmente. Y se despidió de nosotros cuando vio que nos poníamos en pie.

* * *

Anna y yo, por consejo de ella, montamos nuestra vigilancia particular cerca de la residencia de los Midway.

Pudimos comprobar que Holmes montaba un servicio de

vigilancia con policías de paisano que se relevaba y que incluso recurrían a hábiles mixtificaciones de su personalidad, presentándose como vendedores, como repartidores y hasta como limpiacristales.

Lamenté entonces haber quemado yo un cartucho que entonces me podía haber aprovechado.

De no conocerme el mayordomo, me habría presentado como empleado de la Telefónica.

No es que pensara en conseguir una derivación de la línea para controlar las conversaciones telefónicas. Esto era algo que ni aun a la policía le habría resultado fácil.

Pero le hubiese colocado un pequeño magnetófono, que se dispararía únicamente cuando el teléfono entrara en conexión.

Se corría el riesgo de un fracaso, pero hubiese valido la pena correr tal albur.

A poco de hacer su aparición la policía, los pandilleros, primero uno y luego otro, se retiraron discretamente.

Al final nos hubimos de retirar nosotros para ir a descansar.

Dejé a la rubia en su apartamento y yo fui al de mi amigo el escultor, en el cual se hallaba la pelirroja.

Mae se había portado bien en lo que me interesaba. Había sido discreta, hablando y no había intentado salir.

Y se había mostrado generosa de sus encantos y su arte como bailarina.

Para colmo había tenido el buen juicio de no intentar cantar. Y los dos artistas estaban encantados con ella.

Me retiré a descansar pronto, mientras Mae, los dos artistas, amigos y amigas de ambos, bailaban y se divertían.

La pelirroja se hallaba en su elemento y creo que se había olvidado ya de todo lo sucedido con sus compinches y con Simpson.

De acuerdo con Anna, me levanté pronto al día siguiente.

La policía, incansable, proseguía vigilando.

Lo hacía de forma tan discreta que únicamente los que, como nosotros, conociesen el fondo de la cuestión, se podían dar cuenta de ello.

No había rastro de los pandilleros.

Sin dejar nuestra discreta vigilancia, tuve una conversación telefónica con el teniente Holmes.

No había nada nuevo.

Aguardaba informes de John Salton, el socio de Patrick Midway.

En cuanto a éste, no había sido visto desde que montara la vigilancia en torno a su residencia.

Y podían asegurar que no había pernoctado en su casa.

Por mi parte no le podía dar noticia alguna que le sirviese.

No tardó mucho en presentarse la ocasión que me labia sido señalada por Anna.

La cocinera de los Midway salió de casa, tomando la dirección de un mercado próximo.

Vimos que un policía se desplazaba discretamente para seguirla.

Pero Anna y yo nos repartimos el trabajo convenientemente. Éramos dos contra uno.

Con la ventaja de que la cocinera conocía y quería a Anna.

Anna recogió a la cocinera apenas entró ésta en el mercado, bastante concurrido a aquella hora. Y hurtó diestramente a la mujer de la vista del policía.

Salieron por una puerta que daba a una calle paralela a la utilizada para llegar.

Allí estaba yo preparado, con el motor en marcha, a punto de arrancar y las portezuelas abiertas, para no perder tiempo.

Cada mujer entró por una portezuela diferente y aún no se habían acomodado en el coche cuando lo hice arrancar.

CAPÍTULO X

No fue mucho lo que Mamie, la morena cocinera de los Midway, nos pudo decir.

Pero quedó clara una cosa:

Cathy y Patrick Midway habían discutido fuerte a raíz de la carrera perdida por mí.

La cocinera no había podido oír lo que se decían entre sí. Solamente sabía que habían gritado.

No había habido ataque de nervios ni de ninguna clase, pero Cathy se había ido de casa en su automóvil. Y no había vuelto, ni la servidumbre sabía de ella más que lo que el señor Midway había dicho:

Estaba enferma y había sido recluida en una clínica.

Patrick Midway había salido poco después que ella, regresando al filo de la medianoche para volver a marcharse.

Y ya no lo habían vuelto a ver.

Mamie dijo entonces:

—Sin embargo, él debe haber comunicado un par de veces con el mayordomo por teléfono.

Anna, con la aprobación de Mamie, me informó de que ninguno de la servidumbre sentía el mínimo de simpatía por el mayordomo, que se llamaba Samuel Morton.

Las dos mujeres comenzaron a pasar revista a las amistades, tanto las que eran por parte de Pat Midway, como las que lo eran por parte de Cathy.

Fueron nombrando también médicos y clínicas.

Éstos, en su mayor parte, habían tenido relación con Midway, cuya salud no había sido nunca todo lo buena que él hubiese deseado.

Si Cathy había marchado sola, delante, podía estar en casa de alguna amiga.

Sin embargo, Anna desechó tal idea mía, diciendo:

—Habría ido a mi apartamento. O al menos, me hubiese telefoneado.

Tuvimos que inclinarnos por la idea de que debía estar recluida en alguna clínica.

—Pat le daría alcance y se impondría a ella —observó Anna.

Comencé a realizar un cuidadoso proceso de eliminación, ayudado siempre por Anna.

Celebrábamos la reunión en el departamento que ocupaba mi rubia.

Y de acuerdo, tanto con ella como con la propia Mamie, seleccionamos tres clínicas. Decidiendo que en una de ellas debería hallarse Cathy Midway.

Una vez llegamos a tal conclusión, di instrucciones a la cocinera.

Y devolvimos a ésta al mercado, en el cual la dejamos tras darle las gracias por la ayuda que nos había prestado.

La policía habría descubierto su desaparición y sospechado de ella. Pero yo tenía el convencimiento de que no sería molestada por esa parte.

En cuanto a los pandilleros que habían vigilado el día anterior, habían optado por retirarse y no se les había vuelto a ver.

No obstante, aguardamos a que Mamie hiciera su compra. Y cuando salió del mercado la custodiamos discretamente hasta la mansión de los Midway.

De las clínicas que habían sido seleccionadas, una de ellas no disfrutaba de buena reputación.

La dirigía un tal doctor Cárter, que a la vez era presidente del Consejo Administrativo de la misma, puesto que había hecho una importante aportación económica.

Cárter había estado a punto de ser procesado en tres o cuatro ocasiones. Sin embargo, había salido milagrosamente airoso de las pruebas.

En tal clínica, según parecía, en lugar de intentar las curas de desintoxicación de los enfermos, se les facilitaban las perniciosas drogas a que estaban habituados ya.

Aunque a veces se realizara alguna cura de desintoxicación

porque el enfermo, o la familia del mismo, lo pidiese.

Pero en la mayoría de las ocasiones eran los propios familiares del enfermo los que lo recluían para librarse de él y de los escándalos que, a causa del vicio, pudiese dar.

Eso, contando con que el costo de estancia en tal clínica no era barato ni mucho menos.

Los enfermos así tratados se extinguían pronto y sus familiares quedaban libres. Y, en muchas ocasiones, en posesión de los bienes del difunto.

De común acuerdo, Anna y yo pensamos que sería la última clínica en investigar. No se nos ocultaba que se nos ofrecerían bastantes dificultades para la investigación.

Y que podríamos tener que hacer uso incluso de la fuerza.

Iniciamos nuestro trabajo por la clínica que nos ofrecía más garantías de seriedad, de honestidad profesional.

Es decir, elegíamos la línea de menor resistencia.

Llegamos a buena hora. Había poco movimiento aún en la clínica, particularmente en lo que a visitas se refería.

El director, un joven neurólogo, bastante prestigiado ya, se disponía a iniciar su trabajo con los pacientes que en principio dependían casi siempre de su directa investigación.

Allí no había peligro y Anna entró conmigo.

El prestigio del doctor Austin exigía que se le plantease el problema con toda sinceridad.

Entramos con buen pie.

El doctor Austin había tratado hacía años, en dos ocasiones, a Pat Midway.

Era aficionado a las carreras de bólidos y había estado presente en mi último fracaso. Es decir, me conocía.

—Fue una lástima de carrera —dijo tan pronto cambiamos los primeros saludos e hice la presentación de Anna.

—Se habrá enterado de que fue un criminal acto de sabotaje. Y que escapé a la muerte por muy poco.

—Sé que le salvó su sensibilidad. En fin, ¿en qué puedo servirles? Tienen que dispensarme, pero debo iniciar mi trabajo y no me sobra el tiempo.

—Necesitamos ver a la señora Midway —planteé—. Seremos muy breves.

Frunció ligeramente el entrecejo. Y dijo:

—Se halla en un estado que me obliga a impedirle que celebre entrevista alguna que le recuerde su pasado inmediato.

—No dudo de usted, doctor, pero casi no puedo creerlo —intervino Anna—. Somos íntimas amigas, el equilibrio nervioso de Cathy era excelente la mañana misma del día de la carrera.

Yo examinaba atentamente la expresión del doctor Austin, las reacciones que reflejaban su rostro.

—No creo que la haya afectado tanto una discusión con su marido como para colocarla en grave estado… Ella no sufrió ningún «*shock*» en su casa, salió bien, aunque naturalmente excitada —siguió diciendo Anna.

Advertí que Austin parecía desconcertado.

Sin embargo, dijo:

—Aparte mi convicción de que ella no debe recibir a nadie que le recuerde su pasado inmediato, de que no debe experimentar emociones fuertes, está la orden del señor Midway, no quiere que su esposa reciba visitas mientras esté en el estado en que se halla.

—¿Cuál es su estado exactamente? —pregunté.

—No me atrevo a dictaminar aún, pero, entre otras cosas, el hábito de las drogas la ha debilitado extraordinariamente. Es algo que no debiera decir, pero puesto que son buenas amigas, que se veían frecuentemente, me permito ser indiscreto.

Anna tuvo calma para dejar que Austin terminase.

Luego, animada por una mirada mía, dijo:

—Cathy no es una adicta de las drogas. Podría asegurarle que no las ha probado jamás. Al menos, hasta la noche en que discutió con Pat. Y su salud, así como su vigor, son extraordinarios.

—¿No habrá una confusión en todo esto? Yo hablo de la señora Midway. Pat Midway, el constructor de automóviles.

—Hablamos de la misma persona, doctor —dije yo.

Se me ocurrió de pronto una pregunta y la hice:

—¿Usted la conocía, doctor Austin?

—No. Traté al señor Midway cuando aún no se había casado. Luego lo he visto alguna vez en las carreras, pero siempre solo. Parece que a ella no le divertía el espectáculo.

—Así es —confirmó Anna.

Pero a mí me rondaba otra idea y la expuse. Pregunté:

—Puesto que tiene que ver usted a la señora Midway, ¿por qué no nos permite que la veamos nosotros sin que ella nos vea?

—¿Qué pretende? —preguntó, desconcertado.

—Usted merece sinceridad, doctor Austin. Se me ha ocurrido que la enferma a quien usted ha comenzado a tratar no sea la señora Midway, nacida Catherine Loos —dije.

—Es el propio Patrick Midway quien la trajo, quien me encargó su curación.

—Doctor, le aseguramos que por nuestra parte no habrá escándalo ni indiscreción que puedan resultar en perjuicio de su buen crédito. ¿Quiere acceder a mi proposición?

No respondió. Se puso en pie y señaló una pequeña pieza inmediata. Y dijo:

—Sitúense ahí. Podrán ver sin ser vistos. En ocasiones la empleo yo mientras trabaja alguno de mis ayudantes con el enfermo.

La pequeña pieza quedaba en semipenumbra. Era muy difícil que se nos pudiese ver desde el gabinete de consulta del doctor.

Enlacé a la rubia por la cintura y le dije al oído:

—Atención ahora.

—¿Por qué se te ha ocurrido…?

—Austin es honrado, no cabe duda. Su paciente es realmente una paciente. Hablábamos de la misma persona, pero según quien hablaba, parecía referirse a un ser diferente —hice notar a mi rubia.

En tanto, el doctor Austin había variado el orden en que debía ver a sus pacientes y había pedido que le llevasen a la señora Midway.

Quería dominar su impaciencia sin lograrlo totalmente.

Sin embargo, no dirigió una sola mirada al lugar en donde estábamos nosotros.

Al fin entró la paciente. Yo no conocía a Cathy Midway, por tanto, me correspondió aguardar la reacción de mi rubia.

Vi que ella reflejaba asombro, desorbitaba la mirada y decía al fin:

—¡Imposible! No es Cathy.

—Pero ¿se le parece?

—Ni eso siquiera. Es rubia y de ojos azules, como ella, de su estatura aproximadamente. Y creo que ahí termina todo su parecido.

Anna parecía excitada. Y la calmé.

—Permite que termine el doctor.

—Sí, perdona. Pero es que estoy impaciente.

—Lo comprendo.

Transcurrieron casi quince minutos que se nos antojaron larguísimos.

Al fin marchó la enferma.

Y el doctor Austin nos abrió la puerta, invitándonos a salir.

Estaba inquieto. Sin embargo, se mostró mesurado cuando preguntó:

—¿Qué me dice?

Se dirigió a Anna, la cual respondió:

—No es la señora Midway.

Dijo Anna en qué consistía el parecido entre la enferma y Cathy.

—¿Qué van a hacer? —preguntó Austin.

—Buscar a la señora Midway —respondí yo.

—Es lógico. Yo intentaré ponerme en contacto con el señor Midway. No me ha gustado esto.

—Por nosotros no debe tener la menor indiscreción que le pueda perjudicar. Y quedamos muy agradecidos a su bondad.

—Era un deber para mí tan pronto me di cuenta de que ustedes actuaban con sinceridad y limpieza de miras. No perdonaré esto a Patrick Midway.

—No le juzgue aún con demasiada dureza, doctor… —dije—. Tal vez él también es un poco víctima. Le mantendré al corriente de lo que haya.

—Se lo agradeceré mucho.

—En cuanto a la enferma, creo que debe continuar con ella. Intente curarla. Si no le pagase Midway, le pagaría yo.

—¿Quién es?

—Lo ignoro. Pero ya lo sabremos. Como sea, ella no tiene culpa alguna. Me ha parecido que está enferma realmente.

—Está enferma, pero confío en que responda favorablemente al tratamiento. He sacado adelante casos peores.

Volvía a ser de nuevo el médico amante de su carrera, dispuesto a salvar gente.

—Animo, doctor, adelante. Lo suyo es salvar gente. Y espero que nos veremos muy pronto en una situación más agradable para

todos.

Me dio la impresión de que experimentaba una gran sensación de alivio.

—Confío en ustedes. Y he tenido un verdadero placer en conocerles.

Le dimos las gracias de nuevo. Nos despedimos.

Una vez en la calle, me preguntó Anna:

—¿De verdad crees a Pat una víctima?

—En parte, sí Y ten en cuenta que ha estado dos veces en tratamiento con el doctor Austin. ¿Quién sabe lo que le sucede ahora?

—Tienes razón. ¿Adónde vamos?

—A su casa. Mi próximo objetivo se llama Samuel Morton.

—¿No piensas dar cuenta de lo que sucede? —preguntó.

—¿Te refieres a Holmes?

—Sí.

—No. Es una cuestión lo bastante delicada para no recurrir a la intervención oficial, a menos que sea muy necesaria… Holmes no sabrá comprender, lo ha demostrado ya.

—De acuerdo. Vamos adonde tú digas. Pero ten en cuenta que la gente de Holmes vigila la casa de los Midway —observó mi rubia.

—Sí, lo tengo en cuenta. Espero convencer a Morton de que el escándalo no interesa a nadie. Y a él menos aún.

—Nada que oponer. Adelante.

Era un decir, porque mi coche, al máximo de velocidad permitida, había enfilado ya en dirección a la zona residencial en donde vivían los Midway.

Siempre de acuerdo, Anna y yo establecimos nuestro plan, decidiendo ir de cara al enemigo, sin disimulos.

Cuando llamé, abrió Morton, el mayordomo, el cual infló el pecho.

Debió notar algo en nuestras expresiones, algo que se salía de lo corriente, porque palideció ligeramente.

Se inclinó haciendo una cortesía a Anna, esforzándose por ignorarme a mí.

—Cuidado, pigmeo —le advertí.

Me hizo otra reverencia, fingiendo que no había oído. Faltó poco entonces para que no riésemos Anna y yo.

—La señora está enferma, no está en casa —comenzó a decir.

—Aún no le he preguntado por ella. No me gusta que me contesten antes de preguntar —dijo mi rubia, con severa expresión.

Se excusó Morton. Y yo dije:

—Venimos a hablar con usted, Morton. Si no tiene inconveniente en recibimos —añadí con expresión irónica.

Se quedó casi sin respiración a causa del asombro. Sin embargo, no parecía asustado.

Volvió a inclinarse y respondió:

—Aunque contravengo las órdenes recibidas del señor Midway, sírvanse pasar.

Se hizo a un lado para ceder paso.

Y me dio la impresión de que aprovechaba el movimiento para desenfundar una pistola.

CAPÍTULO XI

No me había equivocado. Morton había desenfundado una pistola dispuesto a darme un susto.

Pero yo soy de los que consideran que los ojales en la piel no me van.

Consecuente con ello, actué rápido, golpeando seco y preciso con el canto de mi mano en el antebrazo derecho de Morton.

El hombre crispó sus facciones, bizcó a causa del dolor. Y tuvo que soltar la pistola.

A pesar del dolor que experimentaba se agachó Morton dispuesto a recobrar el arma.

Sin embargo, tuvo la poca fortuna de que su boca tropezara con mi rodilla, la cual había alzado yo ligeramente previendo el movimiento del mayordomo.

El choque no resultó demasiado violento, pero sí fue suficiente para sentarlo y darme ocasión luego a que yo me apoderase de la pistola.

Me sentí bromista y le encañoné, diciendo:

—Los niños no deben jugar con fuego. ¿O es que no lo sabe?

La boca de fuego del arma apuntaba al entrecejo de Morton, el cual bizcó, temiendo que el arma se pudiese disparar sola o porque yo quisiera dispararla.

Anna me había ayudado cerrando la puerta para que la policía que vigilaba fuera no pudiese descubrir lo que sucedía.

Hice levantar a Morton, el cual sacó un pañuelo limpio y restañó las leves heridas de los labios a consecuencia del golpe.

—Espero no verme obligado a castigarle de nuevo, Morton.

—¡Usted es un intruso! Daré parte a la policía de este allanamiento —me respondió Morton.

—Puede hacerlo, no se lo impediré. Si lo prefiere, llamaré yo. Podemos hacerlo por teléfono y bastará que nos asomemos y llamemos…

Me miró sorprendido y un poco asustado.

—Los pistoleros tuvieron que retirarse, después de llevar lo suyo —le informé aún, por si no se había enterado.

No le sorprendió. O al menos me lo pareció a mí. El tal Morton tenía más conchas que un galápago.

—¿Es usted leal al señor Midway? —pregunté.

—¡No tiene derecho a dudarlo! —dijo enfáticamente.

—Eso lo veremos. Darle a la lengua es fácil.

No me contestó. E hice una nueva pregunta:

—¿Es leal a la señora Midway?

Respondió:

—Sirvo con lealtad a los que me pagan.

—Me gustaría saber quiénes le pagan. Seguramente le pagan por más de una parte —acusé.

—Si no tuviese esa pistola en la mano le respondería adecuadamente —se atrevió a gallear.

No perdí la paciencia. Y respondí paternalmente:

—Si yo dejase la pistola, usted lo lamentaría.

No se confió a pesar de mi tono paternal, e incluso volvió a palidecer cuando descargué el arma y guardé los proyectiles en uno de mis bolsillos.

Luego limpié la pistola para borrar las huellas que hubiesen podido quedar.

—Cuando se trata con granujas de su calaña, todas las precauciones son pocas —dije.

—No vuelva a insultarme porque lo sentirá —replicó.

—Estoy deseando sentirlo. Y ya estoy desarmado. ¿No es lo que deseaba?

Tragó saliva.

Anna parecía divertida.

—Se está jugando usted algo más que el puesto, Morton. Se juega usted la libertad e incluso el final en la cámara de gas.

Dije mi advertencia en serio. La verdad es que la cuestión no estaba como para bromear.

Seguí diciendo:

—Ha habido un asesinato. Y los cómplices pueden ir a la cámara de gas exactamente lo mismo que el asesino. Hay un secuestro que, como termine en asesinato, hará que no se libre ninguno de los que intervengan en él.

Mi expresión resultaba impresionante.

—Si alguno se librase, bastarían mis manos para terminar con él.

Lo dije de forma agresiva, que no admitía lugar a dudas.

—La persona secuestrada, como usted bien sabe, es la señora Midway.

—No sé nada de eso. Creo que está en una clínica —dijo, no muy seguro de sí.

—La persona que está en una clínica suplantando su nombre no es la señora Midway —repliqué.

Se tambaleó al saber que estaban descubiertos. Porque él no era ajeno a la sucia trama. Estaba ya totalmente claro para mí.

Siguió un silencio.

Hube de romperlo para decir:

—Así, pues, necesito hablar con el señor Midway cuanto antes. Quiero salvarle, no por él, sino por la señora Midway.

—No puedo hacer nada —dijo.

Por mi parte veía cada vez las cosas más confusas. Tuve la impresión de que Morton estaba jugando a dos paños.

—¿Prefiere que le patee las tripas, Morton? Es una medida que suele refrescar la memoria del pateado.

Dirigió una mirada a Anna. Siguió otra a mí, como midiendo sus posibilidades de escapar.

Mi rubia la captó tan bien como yo y fue la que se apresuró a decirle:

—No tiene escape, Morton. Ni siquiera a mí podrá sorprenderme.

El mayordomo me dirigió una mirada aviesa. Pero se notaba al mismo tiempo que se sentía derrotado.

—Póngame en contacto con Midway —pedí de nuevo.

Se dirigió al teléfono. Y le advertí:

—Cuidado, Morton. He dicho con Midway, no con «el otro». Cuidado con las palabras. Si sugiriese usted que la señora Midway debe ser suprimida, le sobrevivirá en muy poco tiempo.

Volvió a mirarme. Estoy seguro de que le había adivinado el

pensamiento, pero estaba vencido.

Pregunté a Anna:

—¿Cuánto tiempo lleva Morton en la casa?

—Un año, aproximadamente.

—¿De dónde vino a ella?

—Según me dijo Cathy, había servido a una importante familia de Boston, familia a la cual acompañaba todos los años a Miami o a las Bermudas.

—Seguro. Y también a Daytona Beach, ¿es así?

Dirigí la pregunta a Morton, el cual se disponía a marcar un número telefónico.

—No es ningún crimen ir a Daytona Beach —respondió.

—Pero tal vez alguna amistad de las que hizo allí pudo arrastrarlo al crimen. Ande, llame y terminemos de una vez.

Llamó. Se dio a conocer y dijo seguidamente:

—El señor Rex Donlevy desea hablar con usted, señor. Ruego que le escuche.

Su tono era casi suplicante.

—¡Vaya! Parece que me conoce —comenté yo.

—Le conocí desde que vino la primera vez —fue su respuesta, a la vez que me alargaba el tubo del micro.

Morton no me había dado opción a que yo intentase ocultar a Midway mi personalidad. Afortunadamente, no pensaba hacerlo. Estaba decidido a ir de cara a la solución.

—¿Midway? Soy Rex Donlevy.

—Sí ya lo anunció Morton.

—Necesito verle inmediatamente.

—No es posible. Yo… —comenzó a decir.

—He dicho que necesito verle inmediatamente. Le doy veinte minutos para que se reúna conmigo. Si no lo hace, entregaré el asunto a la policía. Precisamente al teniente Holmes, que es quien lleva el caso por el asesinato de Arthur Simpson.

Tuve la impresión de que se quedaba sin habla. Seguí diciendo:

—Poseo más datos de los que usted imagina. Y he llegado a la conclusión de que usted es también una víctima. Aunque es una víctima que merece un buen castigo.

—Ignoro de qué está hablando —dijo con voz enronquecida.

—Eso lo dicen todos al principio. Luego se comportan cono

verdaderos profesores.

Mi tono era hiriente. Estoy seguro de que comprendió. Porque no tardó en responder:

—No puedo moverme de donde estoy.

—¿Por qué? —pregunté, temiendo que podía ser sincero.

—No iría muy lejos. Se echarían inmediatamente encima de mí.

—¿Tiene el teléfono bajo control? —pregunté.

—Lo ignoro.

—¿Su esposa está amenazada?

—Sí.

—¿Está con usted?

—No.

—¿Sabe en dónde está?

—En una clínica. Sufrió un ataque.

—¿Estaba usted presente cuando sufrió el ataque?

—No, pero vi que era presa del ataque cuando llegué más tarde adonde ella estaba.

—¿Qué clase de ataque? —pregunté.

Tardó en responder. Cuando lo hizo, dijo:

—Yo me hubiese atrevido a calificarlo de epiléptico.

Pregunté intencionadamente:

—¿No sería algo así como el que sufre el toxicómano cuando se le niega la droga?

Contestó al cabo de unos momentos:

—No estoy en condiciones de responderle, aunque cabría en lo posible.

—Aunque sea también una víctima, es usted un indeseable, Midway. Prescindiré de usted para resolver el problema. Y ya nos veremos.

Dirigí una mirada a Morton, el cual me dio la impresión de que intentaba disimular una leve sonrisa irónica que había aflorado a su rostro.

Yo sonreí claramente.

Y corté la comunicación, colocando el tubo sobre la horquilla.

Mostré decisión al hacerlo. Y tanta o más decisión cuando me dirigí a Morton para decirle:

—Será usted quien conduzca, Morton. Si se porta lealmente lo dejaré escapar, en premio. Si intenta me traición, lo mataré.

Volvía a estar asustado después de que se había considerado al margen de la situación.

Tragó saliva y me preguntó:

—Vamos a sacar a la señora Midway del lugar en donde la tienen secuestrada.

Llegué a pensar que se iba a desmayar. Y dijo con voz débil:

—No es posible.

—Me gusta enfrentarme con imposibles. ¿Prefiere que pida ayuda a la policía? —pregunté.

Tardó en responder. Cuando lo hizo, dijo:

—Sería la muerte de la señora Midway.

No le golpeé porque no lo dijo en plan de amenaza sino señalando una situación real.

—No estoy muy seguro, porque usted iría por delante señalando el camino. Y también para burlar a los pandilleros de John Salton. ¿Quién es el jefe de los pandilleros?

—No lo sé.

Para demostrar a Morton lo que podía conseguir telefoneé a Morgan, el que me había facilitado los datos sobre la sociedad de Salton con Midway.

Me di a conocer. E hice la pregunta:

—¿Quién es el jefe de los pandilleros que trabajan para Salton?

—Lewis Singer. Cuidado con él. Es un asesino, aunque no se le haya podido probar nunca nada, por su habilidad y por la protección de que ha disfrutado hasta ahora.

—Entendido. Gracias y hasta pronto.

El mayordomo lo había oído. Y yo remaché:

—Si tenía alguna duda ya lo sabe. Es Lewis Singer. Malo como enemigo y peor como compinche. Aquí no podrán disfrutar de la protección que han tenido en Chicago y en Indiana.

Me comprendió perfectamente. Y respondió:

—Estoy a su lado. Cuando quiera…

—Un momento —pedí—. Me gustará tener una idea del lugar para poder estudiar un plan que me ofrezca el máximo de posibilidades. No me importa arriesgar la vida, pero lo que me divierte de verdad es poner en peligro las vidas de mis enemigos.

Morton me miró como si temiese que yo no anduviese bien del piso de arriba.

Anna, por el contrario, se mostraba no solamente animosa, sino que, según su expresión, jamás se había divertido tanto.

Morton conocía perfectamente el lugar en donde se hallaba secuestrada la esposa de Pat Midway.

Comenzó por dibujar un tosco plano, con puertas y ventanas. Y dijo:

—Será difícil entrar ahí en pleno día, aun contando con mi ayuda. Y no crea que ellos confían mucho en mí.

Yo conocía el lugar de que se trataba, en Hollywood, por la parte en donde se alzaron los primeros estudios cinematográficos en la iniciación de la que luego debería ser una poderosa industria.

Era difícil, muy difícil, llegar hasta la casa en donde estaban los secuestradores con su presa, sin ser vistos.

Y si nos veían, la muerte de Cathy Midway era cosa segura.

Tratando de hallar una solución, pregunté a Morton:

—¿Por qué la secuestraron?

—Ella se enteró de cosas que podían perjudicar seriamente a Salton.

Morton se había tenido que colocar a nuestra parte y no tenía inconveniente ya en hablar. Sabía que cuanto mejor se comportase conmigo, mejor librado saldría.

Sus amigos no le perdonarían ya, aun cuando les ayudase.

—¿Qué piensan hacer con la señora Midway? —pregunté.

Le costó, pero respondió bajando la voz:

—Matarla. Eso lo ignora el señor Midway, que conste.

—¿Por qué no la han matado ya? —pregunté.

—Primero debe morir oficialmente. Es decir, tiene que morir esa chica que está en la clínica con su nombre. No quieren matarla antes por si les fallase.

—Esa chica sanará, me lo ha dicho el doctor Austin —objeté yo.

—El cree que la puede salvar. Pero hay alguien encargado de matarla. Una simple inyección. El doctor Austin firmaría el certificado de defunción, aunque hubiese notado algo anormal. Le va en ello el crédito propio y el de su clínica.

—Parece que Salton piensa en todo, ¿eh?

—Así es —admitió.

Morton tenía un frío cinismo que me causaba asombro. No me extrañaba ya que se hubiese asociado con aquella hez de la

sociedad.

Y yo debería tener mucho cuidado con él.

—Una vez enterrada la supuesta señora Midway, ¿qué sucedería con la verdadera? No es fácil hacer desaparecer un cadáver —dije.

—John Salton dispone de gente que conoce el oficio. No quedaría ni rastro de su cadáver.

—Alguien echaría de menos a la otra, a la que está en el sanatorio.

—¿A Molly Sun? Nadie. Si tiene algún pariente se sentirá satisfecho de no volver a oír hablar de ella, de librarse de los escándalos que ella provocaba con su vicio.

La trama era casi perfecta. Sin embargo, siempre falla algo. Por ejemplo, la brutal muerte de Simpson y el que yo hubiese escapado al destino que me habían preparado.

CAPÍTULO XII

Yo había resuelto que entrar en la casa en donde estaba secuestrada Cathy Midway, a pecho descubierto, era imposible, si queríamos sacarla a ella con vida.

Y lancé a Morton por delante. Pero no precisamente a tal casa, sino al elegante apartamento que ocupaba John Salton en un céntrico edificio.

Vimos cómo se abría la mirilla de la puerta y examinaban al visitante a través de ella.

Naturalmente, Anna y yo permanecimos fuera del radio de acción de la mirilla.

La puerta se abrió el espacio preciso para dar paso a Morton.

Y en tan preciso momento entré en acción, lanzándome contra la puerta con todo el peso de mi cuerpo.

La puerta se abrió con terrible violencia, derribando al propio Lewis Singer, que había hecho de cancerbero.

Morton saltó hacia adentro. Por el momento no le había querido confiar arma alguna.

Y tras él entré yo, pistola en mano.

Vi que Morton se arrojaba al suelo precipitadamente y adiviné el motivo.

Mi acción fue fulgurante contra un pandillero que ayudaba a Singer en su cometido y que se había apresurado a desenfundar su pistola.

No le di tiempo a disparar. Le golpeé duro, puso los ojos en blanco y cayó sin sentido.

Otro tanto sucedió a Singer cuando repuesto del primer golpe, quiso usar su pistola.

Pero ya les dije que soy alérgico a los agujeros de bala y no le

iba a permitir que me hiciera uno.

Inmediatamente detrás de mí entró mi rubia colaboradora, dispuesta siempre a echarme una mano cuando me hiciese falta.

La dejé atrás, después de cerrar la puerta y asegurarme que los dos pandilleros estaban bien dormidos.

Ella se encargaría de atarlos. Y de recoger sus armas.

Morton miró una de ellas, pero no se atrevió a tomarla.

Siguió adelante. Habíamos oído a John Salton, que preguntaba con voz alterada:

—¿Qué sucede?

—Soy yo, míster Salton. No sé qué diablos le sucede a Singer, pero no quería dejarme entrar —respondió Morton.

—Ordenes mías.

Los dos hombres se habían encontrado. Y Salton apuntaba a Morton con una pistola.

Aquella gente no se andaba por las ramas. Y parecían bastante aficionados a los fuegos artificiales.

Pero él no contó que yo llegaba inmediatamente detrás de Morton.

Cuando se enteró fue al recibir un seco golpe que le dejó inerme.

Entonces fue mi pistola la que entró en juego, aunque no por ello dejé de saludar cortésmente.

—¿Qué tal, Salton? Nos conocemos, ¿no?

Respondió ásperamente:

—No sé quién es usted. Pero le haré detener por allanamiento.

—Hágalo cuanto antes. Yo lo haré gasear a usted por secuestrador.

Salton dirigió a Morton una mirada que rebosaba odio. Y acusó:

—Traidor.

—Le dije que estaría junto a ustedes mientras no cometieran bestialidades. Lo de Simpson me disgustó, no debieron matarlo…

—Di orden de que no se le matara. Pero él intenta escapar. Fue una torpeza inevitable.

—¿Y lo que me prepararon a mí fue también urna torpeza inevitable? —pregunté.

—Era necesario para nuestros planes. Evitar que usted llegase primero y hacer creer que quedaba ahí nuestro plan.

—No han sido muy listos —dije.

—Falló usted —respondió cínicamente—. Sólo uno entre mil se hubiese dado cuenta del fallo antes de que el accidente fuese inevitable.

Era cierto.

—¿Qué pretendían de Simpson? —pregunté.

—Usted lo adivinó ya —respondió—. Que nos diese los planos de las reformas incorporadas a su bólido y que él no había querido vendemos anteriormente.

—Los tenía comprometidos —afirmé.

—Lo sé. Que se hubiese vuelto atrás.

Estaba intentando ganar tiempo, lo comprendí. Es dos ocasiones miró a Morton, tratando de hacerle comprender que le daría mucho dinero si le ayudaba.

Anna, que había terminado su tarea con los dos pandilleros y había asomado, dijo:

—No se canse, míster Salton. Morton se ha puesto a nuestro lado a la fuerza. Y sabe bien que no debe desertar.

Intentó Salton inesperadamente escapar hacia el interior del apartamento. Saltó y logró dar dos pasos más.

Cuando llegaba a una puerta de comunicación yo me había lanzado en plancha y lo atrapaba por los tobillos.

Salton, que estaba un poco pesado, con más grasa de la debida, cayó de manera violenta, golpeando con la cara en el suelo, sin que le sirviese de gran cosa la protección de los brazos, que lanzó por delante al ver que la caída era inevitable.

Quedó por unos instantes aturdido, sin moverse, intentando recobrar el ritmo de su respiración.

Yo me alcé rápido y coloqué la punta de mi zapato cerca de su cara.

—Tenga mucho cuidado, Salton. Yo quería a Simpson. Y puede darme por vengar su muerte.

Y le golpeé sin demasiada fuerza, animándolo a levantarse.

Miró a Morton y le amenazó:

—Haré que te salten las tripas a balazos.

—No vuelva a decir nada semejante porque lo estrangularé con mis propias manos. Y mis nuevos jefes declararían que lo hube de hacer en defensa propia.

Asentí con el gesto.

Aunque me mantuve serio, me hizo gracia el cinismo de Morton, quien se consideraba ya un servidor de Anna y mío. O al menos, pretendía hacerlo creer.

El mayordomo de los Midway acusó a Salton, diciendo:

—Debe estar mal de la chimenea. Quería hacerse el dueño de todas las pistas de carreras con sus bólidos: y sus pandilleros. Como si los demás no contasen.

—¡A ti no te venía mal! —chilló Salton.

—No me venía mal mientras no hubiesen bestialidades estúpidas. A nadie le disgusta ganar dinero, aunque sea con alguna granujadilla. Pero de crímenes brutales, nada.

Seguía haciéndome gracia el cinismo de Morton, el cual replicó Salton:

—Tú eres un asesino de guante blanco. Precisamente fuiste quien dijo lo que se debía hacer en el bólido de Donlevy…

Corté la discusión. No me interesaba prolongarla, puesto que sabía por el momento lo que necesitaba saber.

Y lo que urgía era salvar la vida de Cathy Midway.

Me acordé en aquel momento de Molly Sun, la desgraciada que estaba en la clínica de Austin bajo el nombre de señora Midway.

Y telefoneé al doctor.

Le puse al corriente del riesgo que corría Molly Sun, para que la protegiese, evitando que le pudiesen inyectar para matarla.

Me escuchó atento. Y me respondió:

—Gracias, Donlevy. Sólo hay un empleado en mi clínica capaz de una cosa así. Precisamente lo tengo entre ojos porque a espaldas mías ha facilitado drogas a alguno de mis pacientes. Tomaré mis medidas, lo desenmascararé delante de los demás empleados y lo echaré. Así no podrá sorprender a nadie.

—De acuerdo. Gracias también a usted y hasta pronto, doctor.

Luego dije a Salton:

—Usted pagará la curación de esa chica. Pagará también mi bólido, el premio que dejé de ganar y la parte de apuestas.

—¡Y las mías! —se apresuró a decir Anna.

—Y las tuyas, rubia. Y ahora adelante.

Minutos después rodábamos en mi coche en dirección a Hollywood.

Yo tenía bastante claro mi plan, contando con un pequeño

almacén de un amigo mío, ubicado muy cerca del lugar en donde Cathy Midway estaba secuestrada.

Desde una pequeña ventana situada en la parte trasera del almacén, ventana a la que había de llegar en una escalera de mano, se podía ver la casa en donde se hallaban los pandilleros.

Mi amigo, con el cual me había puesto de acuerdo, había dejado el almacén, llevándose al único empleado que tenía en él.

Y yo recalé en él con Anna, Morton, Salton y los dos pandilleros. Naturalmente, los tres últimos estaban atados.

Los dos pandilleros parecían al margen de lo que se debatía. En cambio, Salton me miraba con curiosidad, que unas veces parecía burlona, mientras en otras ocasiones reflejaba no poco miedo.

Lo llevé ante el teléfono. Le había desatado las manos, aunque lo mantenía atado por los tobillos.

Le ordené entonces:

—Va a telefonear a su gente. Les ordenará que evacúen la casa, puesto que el escondrijo ha sido descubierto a la policía por Singer, al cual atraparon esta mañana.

—No haré tal cosa —comenzó a decir.

Le interrumpí con una suave «caricia» en el puente de la nariz, «caricia» que le hizo saltar las lágrimas. Y proseguí:

—Les dice que la policía no tardará en llegar. Pero que Morton llegará antes en un automóvil. Que estén preparados para huir en él llevándose a la señora Midway.

—No haré tal cosa —respondió.

Lo atenacé con mi mano derecha, ejerciendo una lacerante presión con mis dedos sobre sus músculos del cuello.

En la mano izquierda empuñé mi pistola, la boca de fuego de la cual coloqué sobre sus riñones.

Sentí que se crispaba de dolor bajo la presión de mis dedos. Y no tardó en comenzar a sudar.

Rechinó los dientes e intentó dejarse caer al suelo.

No se lo permití y le hice más daño.

—Tenga cuidado. Piense que Singer puede dar la orden lo mismo que usted. Únicamente cambiaría el nombre del individuo «atrapado» por la policía. Diría que el chivato es usted.

Lo hice girar lentamente, sin dejar de hacerle daño, para que pudiese ver la expresión del pandillero.

Y recibí la impresión de que aquello le convencía más que nada.

Descolgó el tubo del micro, disponiéndose a marcar el número. Dije:

—Un momento aún. Está en juego la vida de la señora Midway. Eso significa que, si intenta dar una orden o cualquier contraseña contra ella, lo mataré en el acto.

Creo que resulté lo bastante convincente como para decidirlo.

Cedí en la presión de mis dedos y ordené:

—Llame. Pocas palabras, las precisas —dije aún.

Cuando lo solté después que hubo dado el recado, se desplomó casi sin sentido.

A una señal mía se adelantó Anna, la cual lo volvió a amarrar concienzudamente.

Entonces fui yo quien hizo uso del teléfono. Fue para ponerme en contacto con Holmes para comunicarle que necesitaba su ayuda.

Le di instrucciones. Quería que llegase un poco tarde, pero que estuviese allí después de la derrota de los pandilleros, para que fuese él quien obtuviese oficialmente el triunfo.

Anna quedó al cuidado de Salton y los dos pandilleros, mientras Morton y yo ocupamos nuestros sitios en mi automóvil.

En aquella ocasión di un arma a Morton.

Por mi parte, atraque no era muy probable que los guardianes de la señora Midway me conociesen, me encasqueté un sombrero y me puse gafas oscuras.

De verdad que hubiese podido pasar por uno de los pistoleros de Singer.

Me coloqué al volante y puse el automóvil en marcha.

Y no habían transcurrido tres minutos cuando nos deteníamos ante la casa que servía de prisión a Cathy Midway.

Morton se dejó ver, haciendo la señal que, según mis órdenes, había indicado John Salton a sus pistoleros.

Se abrió la puerta y aparecieron dos hombres. Iban armados y miraron con expresión recelosa.

A mi lado, en el asiento, tenía una pistola ametralladora, dispuesta para entrar en acción.

Adelantaron los dos individuos, los cuales no dieron muestras de confiar en Morton, a pesar de las palabras de Salton.

Tras ellos apareció la rubia señora Midway entre dos

pandilleros, los cuales no solamente la sujetaban, sino que la mantenían encañonada, dispuestos a tirar y matarla al menor síntoma de alarma.

Morton había mantenido abierta la portezuela. Y se dirigió a los dos que conducían a la señora Midway, apremiándolos.

—Daos prisa. No sobra tiempo.

A pesar de mi disfraz, uno de ellos me reconoció. Lo reflejó en la mirada e iba a dar la voz de alarma.

Morton actuó acertada y valientemente, encañonándolos.

—¡Quietos u os barro!

Los había sorprendido.

Pero estaban los otros dos, que iniciaron un movimiento de retroceso.

Yo me había preparado tan pronto me di cuenta de que había sido reconocido.

Y tiré sin miedo, adelantándome a los dos pandilleros, que intentaron hacerme frente escudándose en su prisionera.

El tiro era difícil, pero no debía dudar. Y acerté.

Alcancé al primero en un hombro y giró de forma aparatosa, cayendo y arrastrando con él a su prisionera.

Quedó el otro pistolero totalmente al descubierto. Repetí el disparo y el hombre, alcanzado a la altura del corazón, cayó fulminado.

Volví a tirar, una vez más, al darme cuenta de que el herido en el hombro cambiaba la pistola de mano para hacer puntería y ésa fue su última acción.

Hube de acudir en ayuda de Morton, que disparaba en aquel momento contra uno de sus enemigos que había intentado herirle.

Cayeron los dos pandilleros.

El teniente Holmes llegaba en aquel momento con sus hombres.

Yo tomé de la mano a Cathy Midway y salí al encuentro de Holmes, al cual expliqué:

—Adelantaron la acción y no tuvimos más remedio que atacar.

—Se disponían a asesinarme —explicó la sorprendida Cathy Midway, quien hizo cumplidos elogios tanto de mi actuación como de la de Morton.

Nos reunimos poco después con Anna.

La policía se hizo cargo de los dos pandilleros.

Nos encontramos con la sorpresa de que John Salton había muerto de un ataque al corazón.

Las dos amigas se abrazaron estrechamente.

Pedí mi parte. Y fue Anna la que me abrazó entonces, no piensen mal.

Patrick Midway no se dejó ver. Emprendió viaje el mismo día, dando instrucciones a sus abogados para la tramitación de su divorcio con Cathy, a la cual ofreció una cumplida indemnización.

Era la mejor forma de evitar el escándalo.

Y un día sin historia los dos pandilleros supervivientes, que habían sido condenados a muerte, fueron ejecutados.

Yo había sido condenado a cadena perpetua con mi rubia. Quiero decir que nos habíamos casado.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)
Impreso en España - Printed in Spain
PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.